

Núms. 1.018 - 1.019

El Renacimiento

DR

535

COLECCION UNIVERSAL

Núms. 1.018-1.019

CONDE DE GOBINEAU

El
Renacimiento

TOMO I

PRECIO

1pta

ESPASA-CALPE, S. A.

Ro
H. V. ~~W. C.~~

COLECCION UNIVERSAL

El Conde de Gobineau

—
EL RENACIMIENTO

—
Tomo I

MCMXXVIII

DR 8535

ES PROPIEDAD
Copyright by ESPASA-CALPE
Madrid, 1928
Published in Spain

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

EL CONDE DE GOBINEAU

El Renacimiento

TOMO I

PRIMERA PARTE
SAVONAROLA

La traducción del francés ha sido
hecha por A. SANCHEZ RIVERO



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Sorla

8637

ESPASA-CALPE, S. A.

1928

Talleres ESPASA-CALPE, S. R., Ríos Rosas, 24.—MADRID

PRIMERA PARTE



SAVONAROLA



SAVONAROLA

BOLONIA

1492

El jardín del convento de los padres dominicos. Media noche. El cielo está puro, sereno, profundo; las estrellas brillan; la claridad de la luna penetra bajo las arcadas de los claustros cuadrados que rodean el terreno, plantado de árboles corpulentos y plantas odoríferas. Sobre los muros iluminados se ven pinturas al fresco; túnicas rojas y mantos azules; rostros pálidos, manos juntas; cabezas nimbadas de santos, santas y bienaventurados. En medio del patio, sobre cinco o seis escalones de piedra, un crucifijo de mármol, tallado en el estilo del siglo XIII, mostrando sobre los brazos de la cruz los personajes testigos del sacrificio. Alrededor de esta cruz una amplia avenida, donde se pasea el prior del convento; a su derecha, fray Jerónimo Savonarola, y al lado de éste, fray Silvestre Maruffi.

FRAY JERÓNIMO

¡Sí! Los tiempos se han cumplido. ¡Suenan la hora! Hoy o nunca es ocasión de levantar la palabra de Dios y llenar el mundo con ella. Las tinieblas retroceden. La luz renaciente cae de

llo, acusadora, sobre la perversidad antigua. ¡Cuántos demonios se agitan alrededor de nuestras miserias, atizándolas y avivando la llama que se desprende de ellas! ¡Rechacémoslos! ¡Hagamos que la era actual sea menos vergonzosa que la precedente! ¡Sacudamos la somnolencia de nuestros antepasados; pero no para sustituirla por la agitación del mal! ¡Iluminemos a los pueblos, guiémoslos, conduzcámoslos, obliguémoslos! —¡Ah, hermano!, me diréis, ¿un aborto como tú bastaría para semejante obra? —¿Habéis leído a David y conocéis los actos de este miserable pastor?

EL PRIOR

¡Desde luego! Pero ¿qué voz de lo alto os llama a tan alta empresa?

FRAY JERÓNIMO

¡Dios me llama, Dios me empuja! ¡La convicción que me domina, el entusiasmo que siento, no pueden engañarme.

FRAY SILVESTRE

¡Es cierto! ¡Tiene razón! Su ciencia, su elocuencia, su virtud, ¿no son señales? ¿Dónde pensáis encontrar otras más evidentes? ¿No es menester que ponga en práctica estos dones?

EL PRIOR

¡No niego nada! Pero ¿por qué tanto arrebató? ¿No se puede marchar con tacto? En suma, ¿qué es lo que pretendéis, hermano Jerónimo? Si no he entendido mal, es nada menos que reformar la Iglesia, imponer a grandes y pequeños la observancia de las leyes evangélicas. ¿Consideráis fácil la tarea? ¿Olvidáis que los doctores, los Concilios, han fracasado no ha mucho en ella, sin contar que vivimos bajo el báculo de Alejandro VI? ¡Qué momento habéis ido a elegir, Dios mío, para hablar al mundo de continencia!

FRAY JERÓNIMO

¡Dios no tiene momento; tiene todos los momentos! Os lo repito: ¡ha sonado la hora! ¡Es preciso obrar! ¡Todo cambia en la época actual, ya tan diferente de las edades que la han precedido! Todo espumea y se arremolina; el universo, en adelante, va a presentarnos su espectáculo en el centro de un horizonte renovado. Para bien, si la religión levanta la cruz; para mal, si este árbol de salvación cae bajo los malvados esfuerzos que continuamente procuran descuajarlo de raíz. ¿No véis lo que sucede? Surgen supuestos sabios, arrancando de los muros las colgaduras anticuadas y marchitas en que se complacían las edades precedentes. Italia rebosa de aventureros sin fre-

no, príncipes por obra del azar, soldados mercenarios, tiranos de las ciudades, déspotas de los castillos, campesinos insurrectos, villanos irritados, y todas las posesiones hereditarias, grandes y pequeñas, están a merced de esta turba, engrosada por los lobos, que a manadas nos vienen de España y Francia. Y, sin embargo, en medio de estas calamidades, ¡mirad!, los pueblos se despiertan, se restriegan los ojos; para su comida de la mañana estos hambrientos piden la libertad y la paz. ¡Sí, la libertad, y, sobre todo, la paz y la justicia, cuyo sabor jamás han gustado sus padres! Y yo les grito: ¡Pedid sobre todo la fe! Sin ella, lo demás es insípido y se convierte en veneno. Pero la fe, ¿dónde se halla? ¿Dónde encontrar de nuevo su fuente? El clero la ignora... los cardenales la desgarran... El Papa, ¡ah!, no os diré lo que es el Papa: ¡demasiado lo sabéis! Si no tenemos cuidado, de nuestra desgraciada Iglesia, llena de zarzas, de nuestras doctrinas en putrefacción, de nuestra disciplina en escombros, van a surgir las cabezas repugnantes de las herejías, silbando con la punta de sus lenguas ganchudas las excusas, los pretextos que les brindan tantas abominaciones y convirtiéndolas en ponzoña. ¿No percibís ya estos monstruos, buscando su carnaza a través de los reinos cristianos? Demasiado les ayudan esas otras víboras, los sabios, ebrios con el orgullo de saber leer en los volúmenes recién descubiertos de Grecia y Roma. ¿No sabéis los consejeros que nos ofrecen en reemplazo de los grandes

genios teológicos? ¡Es Platón, es Séneca, ese miserable Marcial, ese obsceno Ovidio, el impuro Anacreonte, los Lucano, y Petronio, y Estacio, y Bion, y Apuleyo, Catulo, y todos los días podéis contemplar hombres de barba gris, tan locos como la más tonta juventud, dando esos gritos de un entusiasmo vergonzoso, que les lleva a proponer una página de Cicerón como preferible a los más santos versículos de nuestros Evangelios! ¡Y si fueran sólo éstos los esfuerzos peligrosos, las amenazas para el equilibrio de las conciencias! ¡Pero no! ¡El pincel viene a unirse a la pluma, y al pincel el cincel y el instrumento del grabador, para ofrecer el desnudo a las miradas de una muchedumbre sedienta de curiosidades infames! Creedme: Satanás está excitando, halagando, poniendo en movimiento todos los sentidos del espíritu y del corazón, y ya es tiempo de que pensemos en ello. ¿No habéis oído hablar de lo que llaman “amor al arte”, y en realidad no es sino vergonzosa concupiscencia del vicio? Esta monstruosidad se ha deslizado en nuestras iglesias, y ¿en qué las vemos convertidas? ¡En las sinagogas del diablo! ¡Una Santa Magdalena, un San Sebastián, no son sino los pretextos para desnudar la forma humana con tanta impudicia como Apolo y Venus! Y yo, yo, yo que veo, que toco, que siento, que comprendo la abominación de estas torpezas; yo que tengo el alma revuelta hasta el asco furioso, ¡sí!, hasta la rabia santa de la indignación por la cruz, ¿queréis que deje que estas in-

mundicias vayan acumulando su lodo sobre la triste humanidad, sin poner mi vida como barrera contra semejante invasión? ¡No! ¡Mil veces no! No permaneceré en reposo ante tal asalto de las fuerzas del archimaligno! ¡Defenderé el mundo! ¡Defenderé la época en que vivo y, sobre todo, forjaré las armas del porvenir y quiero ponérselas en las manos! ¡El siglo que comienza avanzará, regenerado, hacia las ondas sin fin de la eternidad devorando para siempre los restos sórdidos del mal y de sus bacanales!

EL PRIOR

¿De suerte que, pongámoslo en términos fríos y sensatos, declararéis la guerra a todas las potencias del mundo? ¿Guerra a la voluntad eclesiástica, guerra a las costumbres de los príncipes, guerra a las debilidades, a los abandonos, a los extravíos de todos? ¿Es eso lo que vais a hacer?

FRAY JERÓNIMO

¡Voy a hacerlo, lo haré! Si perezco en la empresa, ¿qué importancia tiene? ¿Valen mis huesos la pena de conservarlos?... Pero si consigo mi objeto, y aunque maldito, deshonorado, aplastado, muerto, Italia, nuestra Italia, me deba la fe resplandeciente, la libertad poderosa, la virtud alegre, ¿de qué podéis quejaros?

EL PRIOR

De nada. ¿Dónde comenzaréis vuestra predicación? ¿En Venecia?

FRAY JERÓNIMO

Venecia está agarrotada por la prudencia mundana. Vendrá a nosotros la última.

EL PRIOR

¿En Roma?

FRAY JERÓNIMO

Roma es el pilar de salvación, anegado en un mar de pestilencia. Pero en Florencia se puede obrar. La muerte de Lorenzo de Médicis me deja el campo libre; lo hubiese impedido todo, porque era un pagano; pero la autoridad de Pedro, su hijo, está minada por la base. El pueblo y los grandes han sufrido; saben, cuando menos, hablar de equidad y de buenas costumbres, tienen algunas nociones de independencia... reflexionan, y, aunque valgan poco, con ellos es posible intentar una reforma. Además, en Florencia, el pueblo me ama, me escucha y soy esperado.

EL PRIOR

Partid, pues, hermano, yo os bendigo... Abrazadme los dos. Vais a poner en práctica lo que

yo he soñado algunas veces, antes, en mis años de juventud, y que me parece bastante difícil... Acaso tenéis razón. Me siento invadido por una profunda tristeza.

FRAY JERÓNIMO

Yo me siento inundado por esperanza sin límites. ¿Me sigues, pues, fray Silvestre?

FRAY SILVESTRE

En vida y en muerte. Nunca me apartaré de vos.

FRAY JERÓNIMO

Entonces, ven. Abre la puerta. ¡Cuán amplio se extiende el campo ante nuestros ojos! Es la imagen de la obra que vamos a emprender. ¿No ves a nadie en ese camino blando por donde vamos a marchar? Está todo él iluminado por los rayos de la luna y se extiende hasta muy lejos, en dirección hacia Florencia.

FRAY SILVESTRE

¡No, Jerónimo, no veo a nadie!

FRAY JERÓNIMO

¡Pues bien; yo contemplo claramente los rasgos de dos elevadas figuras!

FRAY SILVESTRE

¿Dónde, hermano?

FRAY JERÓNIMO

¡Allí! ¡Fíjate! ¡Son la Fe en Dios y la Patria!
 ¡Las dos nos tienden las manos! ¡Adelante, fray
 Silvestre, adelante!

Quando los dos monjes han franqueado la puerta del jardín, y después de cerrarla el prior, dos hombres, de traje deteriorado, el pecho descubierto, el pelo crespo y en desorden, dos figuras innobles, aparecen detrás de un trozo de muro.

EL PRIMERO

¡Cobarde!

EL SEGUNDO

¡Imbécil! ¿No ves que son dos?

EL PRIMERO

¿Y qué?

EL SEGUNDO

En nuestro estado hay que ser dos contra uno,
 cuando menos.

EL PRIMERO

¡Bah! Yo le hubiera mandado una buena cuchillada al más alto, y para el pequeño un puñetazo hubiera bastado para hacerle rodar como un bolo. Dos excelentes trajes de lana que se nos escapan. Imposible prosperar con gente de tal calaña.

EL SEGUNDO

Vamos a echar un trago en casa de la Roja; quizás la noche nos ofrecerá otra ocasión mejor.

M I L Á N

1494

Una sala en el palacio. Ludovico Sforza, regente del Milanesado, está sentado delante de una gran mesa que cubre un tapiz de terciopelo rojo con bordados de oro, de plata y de color. Viste traje de raso negro bordado de azabache, y lleva al cinto una daga, finamente cincelada. Juega con su guante. En torno suyo están sentados Antonio Cornazano, autor del poema sobre el arte militar; Giovanni Achilini, anticuario, poeta, helenista y músico; Gaspardo Visconti, célebre por sus sonetos y tenido en un tiempo por tan perfecto como Petrarca; Bernardino Luini, pintor; Leonardo de Vinci.

LUDOVICO

Bueno, maestro Leonardo, ¿podremos contar esta vez con vos por mucho tiempo?

LEONARDO

Monseñor, no merezco tanta severidad. Vuestra Alteza sabe muy bien el gusto que tengo en servirle.

LUDOVICO

Sí; en este momento nos hacéis las más hermosas protestas del mundo, no lo niego; y fati-

gado de Florencia, harto de los sermones fanáticos de fray Jerónimo Savonarola, indignado por el entusiasmo que excitan, estáis dispuesto, me escribís, a inventarme cañones, piezas de artillería, mecanismos de todas clases; a construirme puentes, a trazar el plan de nuestras fortalezas y abrir canales; en fin, a embellecer nuestras ciudades con palacios, iglesias, estatuas, cuadros. Sé muy bien que sois capaz de hacerlo todo. Pero ¿podéis también poner freno a vuestro genio inconstante? ¡Cuántas veces habéis cambiado de parecer y de amistades! Esto no es hacer os reproches, querido Leonardo; pero, francamente, sois versátil como una joven presumida.

LEONARDO

Moviendo la cabeza.

No puedo menos de sonreír ante las acusaciones de Vuestra Alteza, pues a pesar de sus protestas son verdaderamente acusaciones, y, lo confieso, las apariencias están contra mí. ¡Y con todo, no, no soy versátil! Sí, monseñor, yo hubiese pasado acaso toda mi vida en Florencia; pero ¡hay tanto que ver en el mundo y tanto que aprender! Y hubiera habitado siempre en los mismos lugares, ignoraría más de dos tercios de lo que sé y, sin embargo, no llego a la décima parte de lo que quisiera aprender.

ANTONIO CORNAZANO

Acaso sería mejor, maestro Leonardo, que os consagrasedis a una sola tarea, en vez de perseguir tantas y tan diversas. Así, sois admirable en la pintura. ¿Por qué buscar en otra parte vuestra gloria?

LEONARDO

Habláis como Bernardino.

BERNARDINO LUINI

¡Ah, maestro, si tan sólo consintierais en terminar los cuadros que comenzáis! ¡Qué dicha para mí! ¡Qué lecciones!

LEONARDO

No puedo, sin embargo, renunciar a la geometría y a las matemáticas.

GASPARDO VISCONTI

Sería mucho mejor que aumentarais el número de vuestras poesías y de esas composiciones musicales tan deliciosas. Poned vuestra pasión sólo en el teorbo inventado por vos.

LEONARDO

Ya volveré a él y lo perfeccionaré. La música se encuentra ahora en su más tierna infancia y ha de crecer aún mucho. No se trata de eso.

ACHILLINI

¿Acaso del tratado sobre la óptica?

LEONARDO

Tampoco.

BERNARDINO LUINI

Entonces es la anatomía. Al menos esto ofrece algún botín a la pintura.

LEONARDO

La anatomía es una ciencia subyugante. Pero lo que más me molesta es que no han querido adoptar en Florencia mi proyecto relativo al canal de Pisa; hubiese producido los mayores beneficios, y si he venido aquí es que tal vez consiga persuadirlos, en compensación, de que pongáis fin a las inundaciones, que ocasionan tantos daños a los campesinos, a través de los valles de Chiavenna y de la Valtelina. He traído mis planos.

LUDOVICO

Maestro Leonardo: a un hombre como vos es preciso dejarlo en entera libertad de crear a su manera. Pero, de antemano lo sé: sobrevendrá otro capricho y me abandonaréis otra vez. Todos los príncipes os admiran y os llaman. El magnífico Lorenzo sólo ansiaba reteneros en medio de aquellos hombres ilustres que vivían en torno suyo; ha muerto y es un competidor menos; pero al gonfalonero Soderini le ha costado gran trabajo dejaros marchar; Galeazzo Bentivoglio os hace los ofrecimientos más generosos para atraeros a Bolonia, y no ignoro que el Valentino os ha nombrado su ingeniero general y su arquitecto. Acabaréis por dejaros seducir.

LEONARDO

No lo creo, monseñor, mientras yo goce de vuestras bondades, pues sois el príncipe más sensible a las cosas de arte que posee Italia. Como poeta admirable que sois, vos mismo comprenderéis el genio de los poetas; a vuestro lado se está bien, puede uno hablar con vos, se siente uno comprendido por vos, y las liberalidades de vuestra rica inteligencia son para mí cien veces más preciosas que los favores dorados de las bolsas más opulentas. Permaneceré a vuestro lado mientras queráis.

LUDOVICO

¡Oh, amigos míos! ¡Qué dulce y bella sería la vida si pudiésemos verla deslizarse toda ella como un río del paraíso entre las riberas verdeantes y fecundas de la ciencia y del arte! Pero todos sabéis hasta qué punto las realidades son diferentes de tan noble fantasía y lo que han de sufrir los desdichados a quien encomendó el Cielo el gobierno de los pueblos. Yo no siento una alegría verdaderamente pura más que durante los instantes demasiado cortos en que me veo solo con vosotros.

LEONARDO

Es gran desgracia que en vez de ser nuestro duque reinante no seáis más que el regente temporal del Estado. Vivimos en una época en que son necesarios hombres para conducir los pueblos, y el señor Galeazzo no es, por su débil salud y los cortos alcances de su inteligencia, más que un verdadero niño. Perdonadme si os hablo con tanta sinceridad; pero no hago más que repetir lo que todos dicen muy alto fuera de vuestra presencia, en todo el Milanesado y en toda Italia.

GASPARDO VISCONTI

¡Es la verdad exacta! ¡Qué desgracia estar gobernado en este momento por un príncipe tan

grande, condenado a abandonarnos dentro de poco a todos los azares de la inexperiencia y de la debilidad!

LUDOVICO

Vuestras palabras me apenan, amigos míos. Quiero a mi sobrino Galeazzo, quiero a su mujer, la duquesa Isabel, y sólo busco la manera de servirlos; sin embargo, no puedo ocultaros nada: mi pupilo no ha sido hecho de una madera muy valiosa; ¡que Dios nos guarde de las desgracias que la escasa capacidad del pobre joven prepara a vuestra casa!

ANTONIO CORNAZANO

Monseñor, he servido mucho tiempo a las órdenes del noble y valeroso señor Bartolomé Colleoni, y he visto hacerse y deshacerse bastantes familias políticas. Si no me engaño, en los signos del tiempo el ducado tiene más que nunca necesidad de estar protegido por un corazón viril y mantenido por una mano de hierro.

LUDOVICO

Veis exactamente, señor Antonio; reconozco en vuestro lenguaje el guerrero experimentado, el negociador hábil no menos que el letrado erudito. Amigos míos, con vosotros quiero hablar libremente de los grandes intereses que nos ocupan; por lo demás, en este punto no hay ya secretos.

LEONARDO

Monseñor, vais a revelarnos uno muy grande, uno que por sí solo me interesa más que todos los demás: vais a poner de manifiesto ante nosotros la manera como las almas generosas y atrevidas perciben, representan, juzgan y piensan dirigir los destinos de los imperios.

LUDOVICO

Escúchame, pues, filósofo, ya que los movimientos del alma humana son para ti de tal importancia, y mírame, pintor, si quieres contemplar un hombre resuelto. Sabéis que hace menos de dos años el papa Alejandro VI tomó la tiara pontificia. El cardenal que se llamaba Rodrigo Borja se ha convertido en jefe de la Iglesia. ¿Bajáis todos la cabeza con aire preocupado? Lo comprendo; pero yo conozco al Papa, lo conozco a fondo, y he de deciros esto: es un hombre dotado de sabiduría, de prudencia, de una razón majestuosa. Su elocuencia, llegada la ocasión, es tan invencible como su arte para hacerse dueño de los espíritus y para doblegarlos. En cuanto a su perseverancia imperturbable, es la de un dios, y por esta virtud, la más peligrosa de un adversario, se halla, casi en todos los casos, seguro del éxito. Este es el hombre con quien el universo debe contar, y todos sabemos que, armado para el domi-

nio, no tiene ni fe, ni ley, ni religión, ni escrúpulo, ni compasión, y no conoce en el mundo más que un solo interés: el de su casa de Borja, presentada por sus hijos. Es un hombre maravilloso. Hasta aquí se ha salido en todas partes con la suya, a pesar de que lo conocen. Por eso todos los verdaderos políticos del sagrado Colegio, sintiéndose en peligro, han recurrido al único medio de salvación que les quedaba: se han fugado. Julián de la Róvere permanece en su ciudad episcopal de Ostia, rodeado de fortificaciones y de soldados; Juan Colonna no se cree seguro más que en Sicilia; Juan de Médicis está en Florencia. Por mi parte, lo confieso francamente, siento tanto miedo delante de este hombre como los cardenales mismos. Sé que su hijo, el duque de Valentino, querría perdernos y arrebatarnos el Milanesado; sé que esas gentes se han aliado a los aragoneses, mis enemigos; sé que Pedro de Médicis predispone contra mí a sus florentinos; sé que de Venecia no debo esperar nada, como no sea que me devore si me considera débil. En esta situación, me ha parecido útil distinguir ante todo dónde debía buscar mis más terribles antagonistas. Y esto no ofrece duda: son los aragoneses y los florentinos; de un día a otro me atacarán abiertamente; a ellos, pues, debía primero dirigir mis ojos, en ellos debía tenerlos fijos. Mientras hacía esto, he advertido, una vez más en mi vida, que toda situación extrema en apariencia no lo es, y que, analizándolo con cuidado, del

peor veneno se puede extraer una substancia salutífera. Y he hallado que Alejandro VI estaba, con respecto a Fernando de Nápoles y a los de Médicis, exactamente en la misma posición que yo. He enviado, pues, el cardenal Ascanio Sforza al Soberano Pontífice y hemos concertado una alianza. Al mismo tiempo, me he aproximado a los venecianos, que no son ya favorables a la Casa de Aragón, y de esta suerte me ha sido posible neutralizar a los florentinos con Venecia y a los aragoneses con el Papa. En el fondo no es más que un andamiaje temporal y frágil, un castillo de naipes que puede venirse al suelo en todo momento, y ante esta evidencia y la estrecha obligación de ponerme en guardia contra mis aliados me he dirigido al rey de Francia. Le he persuadido a que reclame Nápoles como heredero de la Casa de Anjou. A esto él ha añadido el proyecto de destronar a Alejandro y declararlo indigno de la tiara, lo cual me hace esperar que, por el momento al menos, no se entenderá con él. Carlos VIII ha pasado los montes y marcha sobre Florencia; más tarde pensaremos en los medios de echarlo; pero en este momento juzgad y decidme si mi sobrino el pobre Galeazzo es hombre para comprender y llevar a buen término combinaciones tan delicadas y, sin embargo, tan necesarias.

LEONARDO

¡Seguro que no! ¡Pero qué poderosa creación de la santísima profundidad del espíritu de Dios es el alma de un hombre tal como vos, monseñor!

GASPARDO VISCONTI

El señor Ludovico está hecho de tal manera para la corona, que la corona vendrá ciertamente por sí misma a colocarse sobre su cabeza.

Un gentilhombre de casa y boca.

EL GENTILHOMBRE

Monseñor, llevo de Roma a rienda suelta. Se me había prohibido retrasarme un minuto. He aquí el despacho que mi señor reverendísimo, el cardenal Ascanio, me ha ordenado que os entregue.

LUDOVICO

Venga. Veamos lo que me escribe mi hermano.

Se acerca a una ventana, lee el despacho y vuelve sonriendo.

Puesto que tanto gustáis de instruiros, maestro Leonardo, escuchad esto: mi aliado el Padre Santo acaba de entenderse con los aragoneses. Le dan la mano de doña Sancha de Aragón, que cuen-

ta diecisiete años, a su hijo Goffredo Borja, que tiene trece. Alejandro está contento; y debe estarlo.

LEONARDO

Esto trastorna sin duda vuestros planes, monseñor.

LUDOVICO

De ningún modo. Ya había jugado yo mi peón antes que el Papa tocase el suyo. Los franceses están en marcha hacia Florencia, sábelo, y todos nosotros vamos a montar a caballo para ir a Chiari y encontrarnos con el rey. Os dejo para rogar a la señora Beatriz, mi mujer, que se den prisa ella y las hermosas damas que han de acompañarnos. A los franceses les gustan estos encuentros y las diversiones que les acompañan. Vamos, señores, corran a ponerse sus trajes más ricos, cojan mis caballos y les presentaré a Carlos VIII.

ACHILLINI

Será para nosotros gran honor.

FLORENCIA

Patio de la casita de Luis Buonarotti. Un techo de tablas en un rincón, bajo el cual está trabajando Miguel Angel en una estatua de Hércules, de cuatro brazas de altura. Sobre una tina vuelta está sentado Luis, su padre, con los brazos cruzados y la expresión inquieta.

LUIS

Tienes ya veintidós años; a esta edad pienso yo que debe uno comportarse como un hombre. Pero tú no serás nunca más que un niño inútil a ti mismo y a los demás.

MIGUEL ÁNGEL

Trabajo todo lo que puedo y no merezco censura alguna.

LUIS

Desde la muerte del magnífico Lorenzo ha sucedido lo que yo había previsto. No ganas nada... ¡Bueno! ¡Te pones otra vez a llorar!

MIGUEL ÁNGEL

Secándose los ojos.

No puedo pensar en mi bienhechor, en el que tanto bien me ha hecho, sin que mi alma se entristezca.

LUIS

Si ese hombre no te hubiera sacado de tus caderas, me hubieses obedecido, y con gran provecho tuyo. En lugar de alistarte entre esos holgazanes de artistas, deshonorando la nobleza de tu familia con un oficio de albañil, estarías hoy en el comercio de la seda y no te vería yo constantemente cubierto de yeso y con las manos en el barro.

MIGUEL ÁNGEL

Cuando mi difunto maestro tuvo la bondad de admitirme en el taller de escultura de sus jardines de San Marcos, con Francisco Granacci, me señaló cinco ducados al mes, y todo lo que he ido ejecutando me lo ha pagado religiosamente. Aparte de esto, el haber recibido vos ese empleo en la aduana, que os permite vivir juntamente con toda la familia, se debe a mi consideración.

LUIS

Además, tu compañero Torrigiani, furioso de verte demasiado hábil, te ha aplastado lindamen-

te el rostro; no olvides este detalle. ¡Esta es la estupenda ventaja que te ha valido el magnífico Lorenzo! Me das lástima.

MIGUEL ÁNGEL

Bien o mal, soy el que soy. ¿No tendréis el propósito de ponerme ahora como aprendiz en el taller de un tejedor?

LUIS

Sería, sin embargo, lo mejor. Está claro que los Médicis no te encargarán ya ni cuadros ni estatuas. El señor Pedro no es lo que era su predecesor, y ¿qué va a ser de ti?

MIGUEL ÁNGEL

El señor Pedro no me maltrata. Ayer mismo, por la noche, me ha consultado sobre una cornalina antigua cuya venta le proponen.

LUIS

Y hasta te ha hecho levantar una estatua de nieve. ¡Bonita ocupación! ¡Honrosa, verdaderamente! Ese hombre se sirve de ti como de un bufón. El día menos pensado te abandonará a la malevolencia de esos pintamonas entre los cuales te has empeñado en vivir. Te diré, además, que no veo con gusto tu estrecha amistad con ese

Francisco Granacci; es un holgazán. Y todavía me fastidia más que trates al joven Nicolás Maquiavelo. Cierto que es de buena familia, no lo niego; pero dicen que tiene malas costumbres y ha tratado de casarse con la Marietta a una edad en que debía haber pensado en formarse una posición. ¡No se ocupa más que de los antiguos romanos! Así anda él de dinero, y no tardará mucho en pedirte prestado, si no te lo ha pedido ya. ¿Te lo ha pedido?

MIGUEL ÁNGEL

Ya sabéis que os doy lo que gano.

LUIS

¿Y puedo yo adivinar lo que te reservas? Pero dejemos este punto escabroso. Maquiavelo me disgusta; creo que conspira contra la autoridad del señor Pedro... Y no es que me importen mucho los Médicis. No tardarán en ser expulsados, y desde luego estamos hartos de ellos. No ignoro tampoco que el digno fray Jerónimo es favorable al gobierno del pueblo, y ¡no permita Dios que me oponga a los proyectos de fray Jerónimo! Pero me disgusta que un aborto como ese Maquiavelo se mezcle en los asuntos públicos. ¿Estás acaso maquinando con él? ¿De qué habláis? Te arrastrará a cualquier tontería. Cuéntame algo de lo que combináis cuando os veo salir juntos.

Miguel Angel pone sus desbastadores sobre el taburete y se sienta sobre un banco, con la cabeza entre las manos.

¿Qué te pasa? ¿Estas enfermo?

MIGUEL ÁNGEL

Me duele la cabeza.

LUIS

La ociosidad es la que te pone malo. Si trabajaras en algo útil, estarías bien.

Entra Nicolás Maquiavelo.

MAQUIAVELO

Señor Luis, os saludo con toda humildad. Buenos días, Miguel Angel.

LUIS

Tengo prisa, voy a salir, señor; y tú, Miguel Angel, acuérdate de que estás haciendo un trabajo que no consiente demora y que no tienes tiempo para hablar. Dios os guarde, señor Nicolás.

MAQUIAVELO

¡Ah, amigo mío!, he venido a contarte con toda premura lo que me llena el alma de alegría. Los franceses estarán aquí dentro de pocos días.

MIGUEL ÁNGEL

¿Amigos? ¿Enemigos?

MAQUIAVELO

No sabemos nada. Se está negociando; si no puede establecerse la amistad, resistiremos como hombres y defenderemos la patria. ¡Pero hay más! Pedro de Médicis no hace más que tonterías. Fray Jerónimo está de acuerdo y se une al partido popular; de suerte que la llegada de los franceses causará la caída de esta Casa soberbia, cuya arrogancia ahoga nuestras libertades.

MIGUEL ÁNGEL

Todo se lo debo al padre y no quiero figurar entre los enemigos de los hijos.

MAQUIAVELO

Tienes corazón; pero acuérdate de que el interés de la patria está antes que el tuyo. Todo se halla en ebullición; el agua quema, hierve. Una emoción furiosa sacude al pueblo entero. ¡Ah, Miguel Angel, qué hermoso momento! Voy a ver la libertad, el orden regular, un gobierno sabio fuera de las páginas muertas de los viejos libros y de las formas abstractas de mis ensueños. Todos los hombres dignos de este nombre que viven

en Florencia están con nosotros: Soderini, Valori, Vespuccio, Marsilio Ficino, los sabios, los artistas, los que piensan con grandeza, los que desean el bien de los hombres.

MIGUEL ÁNGEL

Yo no estoy con vosotros. Nada quiero con vosotros. Soy el protegido de los Médicis, y no me gusta que fray Jerónimo, en lugar de continuar predicándonos la virtud, como antes, se mezcle en los asuntos públicos.

MAQUIAVELO

Se mezcla para bien, y cuando se puede obrar hay que obrar. Sólo la acción es digna de un hombre.

MIGUEL ÁNGEL

Ven a mi cuarto. Tengo que vestirme y hacer mi equipaje.

MAQUIAVELO

Pero ¿adónde vas?

MIGUEL ÁNGEL

A Bolonia, al lado del señor Galeazzo Bentivoglio; y si no me encuentro bien en Bolonia, iré a Venecia. No permaneceré en medio de estos tumultos; no se puede trabajar así; además, tengo

también otras razones. Me es imposible soportar por más tiempo... ¡Bueno, ven! Me acompañarás hasta la puerta de la ciudad.

MAQUIAVELO

Antes te demostraré que estás equivocado. Escucha.

MIGUEL ÁNGEL

Habla todo lo que quieras; mi resolución está decidida.

Entra en la casa.

PLASENCIA

Palacio que sirve de residencia al rey Carlos VIII. Una sala de espera. Dos capitanes franceses.

PRIMER CAPITÁN

¿Ya estás aquí, compañero? ¡Ven que te abrace!

SEGUNDO CAPITÁN

Con mil amores. ¡Buena cara! ¡Vive Dios, qué salud!

PRIMER CAPITÁN

Sí, a fe mía, nos damos buena vida. ¿De dónde vienes?

SEGUNDO CAPITÁN

De Lyon en línea recta. Os traigo veinticinco sólidas lanzas. ¡Buenos dineros me ha costado reclutarlas! ¡La flor de los hombres de armas!

PRIMER CAPITÁN

Mil ocasiones se te ofrecerán de recobrar tus gastos. ¿Sabes que todo marcha a maravilla?

SEGUNDO CAPITÁN

Cuéntame algo de vuestras venturas.

PRIMER CAPITÁN

¿No lo oyes? ¡Todo marcha a maravilla! En Turín nos han recibido con los brazos abiertos, y después de muchas fiestas hemos tomado en préstamo los diamantes y piedras preciosas de la duquesa Blanca. Ella ha gruñido un poco, pero nosotros lo hemos puesto todo en prenda.

SEGUNDO CAPITÁN

Veo que te diviertes.

PRIMER CAPITÁN

Y ya tienes aquí ganados nuestros buenos doce mil ducados. En Casal, la marquesa de Monferrato nos dió un baile, y la muy tonta nos enseñó también sus joyas. Ocurrió lo mismo que en Turín: hemos cargado con todo.

SEGUNDO CAPITÁN

Pero ¿es este país verdaderamente el paraíso y la tierra prometida?

PRIMER CAPITÁN

Te lo juro. Además, estamos muy bien establecidos en Génova, donde las tropas milanesas nos dan la mano. Cierto que los suizos han entrado a saco en la ciudad de Rávena, acaso a la ligera; hubiesen podido hacer menos violento el pillaje y no matar a nadie; pero, en resumidas cuentas, el efecto ha sido bueno. El señor de Aubigny nos dice desde la Romaña que los napolitanos, llenos de miedo, ponen pies en polvorosa delante de sus tropas. Cuando llegamos a Asti, el tío del duque Galeazzo vino a nuestro encuentro con su mujer, la hermosa Beatriz, y te diré al oído que presentó al rey un gran número de damas milanesas que, te lo aseguro, nos han festejado y agasajado mucho.

SEGUNDO CAPITÁN

¡Me llenas de agua la boca! ¡Lástima no haber llegado antes!

PRIMER CAPITÁN

No te faltarán ocasiones. ¡Chitón! ¡Aquí está el rey!

Entra Carlos VIII, pequeño, débil, pero de buen continente; está pálido y abatido a consecuencia de la enfermedad cogida pocos días antes en Asti, de la cual estuvo a punto de morir. Detrás de él, gran número de oficiales; Felipe de Commines, señor de Argenton; el señor de Bonneval, el señor de Châtillon, ambos grandes favoritos del rey; el médico Teodoro de Pavía.

EL REY

¿Decís, Teodoro, que Galeazzo acaba de expirar y que este súbito fin no está claro?

TEODORO

Al contrario, señor, temo que lo esté demasiado. Aquí hay por medio veneno.

EL REY

Ludovico el Moro va demasiado lejos. ¿Qué ha hecho de la duquesa Isabel y de los hijos de su sobrino?

TEODORO

Están en una habitación obscura y bastante malsana.

EL REY

Lo siento; pero me apremian otros negocios. Ese Ludovico sería capaz de envenenarme a mí mismo, a pesar de todas sus apariencias de amis-

tad. El señor de Urfé me lo escribe. No sé por qué permanezco en Italia. Me aconsejan que me vuelva a mi país, y acaso haría bien en esto. No hay más que traidores en esta tierra.

EL SEÑOR DE BONNEVAL

Ahí están, sin embargo, los Médicis, y sobre todo el cardenal Juan, que nos apremian vivamente para que no abandonemos su causa.

CHATILLON

¡Esas gentes de Florencia! ¡Unos imbéciles! ¡Aconsejados, conducidos por un frailote llamado Jerónimo! ¡Un tunante! ¡Y el príncipe, un cobarde, un mamarracho, intimidado y como agarrotado por Gino Capponi y todos los enemigos de su casa, delante de los cuales no sabe más que temblar! No puedo oír su nombre sin que me den ganas de escupirle en la cara. (Ríen.) Es incapaz de reconocer los beneficios de que le ha colmado vuestra casa.

EL REY

Me han dicho que mi abuelo Carlo Magno y los doce pares construyeron Florencia. ¿Es cierto?

FELIPE DE COMMINES

Si no la construyeron precisamente, por lo menos la ayudaron a salir de la ruina.

EL REY

Entonces los florentinos son súbditos míos; mi voto de caballería me obliga a castigarlos, y lo haré rudamente.

FELIPE DE COMMINES

Valdría más inspirar a estas gentes mejores sentimientos que no enajenarnoslos. Puesto que Vuestra Alteza ha decidido que iría a Nápoles por la Toscana, necesitamos mantener libre el camino detrás de nosotros.

EL SEÑOR DE BONNEVAL

El señor de Argenton parece siempre suponer que podríamos ser derrotados.

EL REY

Es cierto. No tenéis el corazón generoso, señor de Commines; os parecéis a mi padre.

FELIPE DE COMMINES

Era un gran príncipe, y muy discreto.

EL SEÑOR DE CHATILLON

Muy alto.

El rey no ha bajado a Italia para hacer el pedante, sino para mostrar al mundo su valentía y asombrarle con los más grandes hechos de armas.

EL REY

¡No quiero otros modelos que esos famosos Galbán, Lanzarote y Reinaldos de Montalbán, que han ejecutado tan bellas hazañas! ¡Con la ayuda de Dios, yo espero hacerlas también!

EL SEÑOR DE CHATILLON

¡Así debe hablarse! ¡De qué sirve ser un bravo caballero, un campeón temible, si se para uno a reflexionar, pesar, sopesar, en definitiva, a desempeñar el papel del zorro? ¡Ira de Dios! ¡Pasaremos por todas partes, por todas partes! ¡Pasaremos de cabeza! ¡Dando fuertes golpes con la espada y la lanza! ¡Sin esto, no valía la pena venir de tan lejos!

EL SEÑOR DE BONNEVAL

¡Puñetazos, batallas, amores, fiestas y triunfos!
¡Si se trata de otra cosa, me vuelvo!

EL REY

Sonriendo.

¡Tienen razón! ¡Yo pienso como ellos! ¡Ve a acostarte, señor de Comines! Felipe, estás viejo, tu corazón está apagado.

R O M A

Habitación de Alejandro VI. El Papa, Giorgio Bosardi; Burchard, maestro de ceremonias.

EL PAPA

Maestre Burchard, amigo mío, colócate un momento detrás de la puerta y procura que nadie venga a interrumpirnos. Tengo que hablar con ese joven.

BURCHARD

Bien, Santísimo Padre.

Se coloca detrás de la puerta.

EL PAPA

Veamos, Giorgio; aunque seas un asno, concentra toda tu atención y procura comprender. Vas a partir hoy mismo para Constantinopla, y pondrás la más extremada diligencia.

BOSARDI

Sí, Santísimo Padre.

EL PAPA

Escúchame bien. No hablarás más que al gran visir mismo, en secreto, en el más absoluto secreto... ¿me entiendes?

BOSARDI

Sí, Santísimo Padre. Adivino la intención de la Santidad de mi señor. Sólo con el secreto más exquisito me manifestaré con precaución al gran visir.

EL PAPA

Y no serás del todo explícito más que con el sultán Bayaceto en persona.

BOSARDI

Era lo que yo pensaba, Santísimo Padre.

EL PAPA

No te las des de enterado. No ignoro que no eres más que un tonto; pero en ciertas ocasiones no sabe uno de quién fiarse, y las gentes de talento no son nunca seguras. }

BOSARDI

Sí, Santísimo Padre.

EL PAPA

Dirás al gran visir, si no puedes hablar antes con el sultán, que le dirijo mis saludos más sinceros y le envío mi bendición apostólica.

BOSARDI

Sí, Santísimo Padre.

EL PAPA

Añadirás que no olvido un solo día, ni un solo minuto, su afecto hacia mí, que se lo devuelvo con creces, y le entregarás de mi parte esa linda Virgen de Juan Bellini, que me ha hecho pedir por el embajador de su señor en Venecia.

BOSARDI

Así lo haré, Santísimo Padre. La Virgen ha sido llevada ya a Ostia a bordo de mi galera, y diré al sultán Bayaceto y a su ministro lo más a propósito para persuadirles de la gran amistad que les tiene la Santidad de mi señor.

EL PAPA

Después, viniendo a lo esencial, comenzarás por recordar la gran sorpresa que me ha causado, y con mucha razón, el no haber recibido los dos cuartos vencidos de esa pensión de cuarenta mil ducados concedida al papa Inocencio VIII desde 1489, y no dejarás de insistir en este punto; que la merezco tanto como mi predecesor, puesto que vigilo con no menos cuidado al príncipe Zizimi, hermano del sultán, y no le dejo salir de mis manos.

BOSARDI

La Santidad de mi señor puede estar completamente segura. Haré que se reanude el pago de la pensión.

EL PAPA

Una vez arreglado esto, señalarás la ambición desenfrenada del rey de Francia. Expondrás que al apoderarse del reino de Nápoles su pensamiento es sobre todo atacar a Constantinopla, a fin de tomar la corona de los emperadores bizantinos. A la hora presente no está todavía en Florencia; va a venir a Roma para combatir a los aragoneses, y ya, sin embargo, no oculta en nada las miras ambiciosas que amenazan la solidez del trono otomano. El me ha dicho sus proyectos; se los ha dicho a los venecianos, al duque de Milán; no es

un secreto; pero lo que me ha dicho a mí en particular y lo que yo revelo a Bayaceto es la voluntad de arrebatarme el príncipe Zizimi con el propósito de oponérselo al sultán en tiempo y lugar oportunos. Es una idea que el sultán debe temer, y tú le mostrarás las graves consecuencias de ella. Por lo que a mí hace, no cederé a las exigencias de Carlos VIII; no entregaré a Zizimi mientras pueda resistir, y si al cabo, por no ser el más fuerte, tengo que abandonar mi prisionero, procuraré que se halle en tal estado que no inspire al sultán inquietud alguna. Puedes prometérselo de mi parte. Pero entiéndase bien que Bayaceto deberá merecer este servicio. Estas confianzas las harás de suerte que no resulten comprometedoras.

BOSARDI

No es difícil mostrar el encadenamiento y el alcance de las cosas sin hablar de ellas en términos precisos.

EL PAPA

Un favor espero, en cambio, de mi aliado: que me ayude a expulsar los bárbaros de Italia, y para ello sería útil que pusiese a mi disposición, ya en la Romaña, ya en la Pulla, un buen ejército turco, a fin de prevalecer contra los franceses, cosa que sería tan provechosa al sultán como a mí. Tal es tu misión. ¿Has comprendido?

BOSARDI

Santísimo Padre, la pensión de cuarenta mil ducados y los turcos en Italia.

EL PAPA

¡Vamos! ¡Date prisa! Dame pronto buenas noticias... ¡Burchard!, ¡hola, Burchard!

BURCHARD

¿Santísimo Padre?

EL PAPA

Lleva este gentilhombre a la Sagrada Signatura, y haz que le entreguen las cartas credenciales, y también la misiva particular que dirijo al sultán. ¡Ah! ¡Si pudiese detener a esos bandidos de franceses antes de que lleguen a Roma!

Entra un camarero.

EL CAMARERO

Santísimo Padre, ahí fuera está un enviado del duque de Milán.

EL PAPA

¿Quién es? ¡Ah, ya, es el pequeño!... ¡El íntimo!... Entra, amigo. ¿Cómo sigue el señor Ludovico?

EL RENACIMIENTO. — I.

vico? ¿Conque su sobrino Galeazzo se le ha muerto entre las manos de una enfermedad súbita, y lo mismo el pequeñuelo de dicho Galeazzo?

EL ENVIADO

Sí, Santísimo Padre.

EL PAPA

A tu señor le suelen ocurrir tales desgracias. ¿Qué dice?

EL ENVIADO

Dice que Vuestra Santidad no le guarda su palabra en el asunto de fray Jerónimo. Tratáis con demasiados miramientos a este fanático, y sus predicaciones marchan adelante. Además de que los florentinos serían más tratables y abandonarían de todo corazón la causa francesa si ese fraile no les trastornara la cabeza; hay agitación en el norte de Italia. Los príncipes están muy descontentos; el clero lo está más todavía; va a perder sus dominios. Savonarola habla nada menos que de entregar al populacho los bienes eclesiásticos y hasta los vasos sagrados.

EL PAPA

La solicitud del duque de Milán por la Santa Iglesia me divierte bastante. No me ocuparé de Savonarola mientras tenga entre manos preocu-

paciones más graves. ¿Por qué tu señor, a pesar de sus promesas, no ha roto él mismo todavía con los franceses? ¿Es que se está burlando? Los venecianos, al menos, si no han obrado, se preparan y nos han dado prendas. ¿Debemos conformarnos los napolitanos y yo con esperar indefinidamente vuestro capricho? Sólo los florentinos y tu señor faltan por decidirse. ¿Cuándo va a acabar esto?

EL ENVIADO

El que quiere recibir debe dar antes. Obrad con franqueza contra Savonarola y pensaremos en vuestros intereses. Tal es lo que el señor duque me ordena que os declare.

EL PAPA

Ve a hablar de todo esto con don César, y yo veré lo que es posible.

CERCA DE FLORENCIA

Un camino hondo, no lejos del campamento francés. Una casa de campo que arde; el dueño está tumbado en tierra y llora; sobre una piedra están sentados Juan de Bonneau, arquero de la compañía del señor de Terride, y Jacobo Lamy, otro arquero, comiendo apresuradamente pan y cebolla; heben de cuando en cuando un trago de vino en sus cantimploras.

JACOBO LAMY

Al campesino.

¿Qué edad tenía tu mujer?

EL CAMPESINO

Llorando.

Unos veintidós años.

JUAN DE BONNEAU

¿Era bonita?... ¡Vamos! ¡No des tantos gemidos! Pareces un carnero. Bien, la han matado. ¿Y qué?

EL CAMPESINO

Retorciéndose los brazos.

¡Ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

JACOBO LAMY

Nosotros los gascones somos gentes de pelo en pecho. Come un pedazo... ¡Toma!

EL CAMPESINO

¡No!... ¡No!... ¡Ay! ¡Dios mío!

JUAN DE BONNEAU

Comprende, infeliz, que lo hecho no tiene remedio... ¡Es la guerra! El soldado necesita también divertirse un poco.

EL CAMPESINO

¡Mi mujer!... ¡Mi pobre mujer!

JACOBO LAMY

Mejor sería que apagasas el fuego de tu barraca.

EL CAMPESINO

Nada me importa.

JUAN DE BONNEAU

Es un animal. Vamos, buenos días. Consuélate.
¿Vienes, Jacobo?

JACOBO LAMY

Al campesino.

Toma, chico: te dejo el resto del pan y las dos
cebollas... ¡Cuando el estómago grite, come! No
hay duda, es un animal.

El campesino solloza; los soldados se alejan cantando a
grito pelado:

Châtillon, Bourdillon, Bonneval,
gobiernan la sangre real.

FLORENCIA

Delante del palacio Médicis. La plaza está llena de gente. Gritos, tumulto, voces, clamores súbitos. A las puertas del palacio están colocadas bandas de ballesteros, arcabuceros y piqueros franceses y suizos; dos compañías puestas en batalla; a través de la multitud llegan piezas de artillería y toman posición delante. En las ventanas, muchos capitanes y oficiales franceses, con el casco en la cabeza.

UN MOZO DE CUERDA

Enseñando el puño a los franceses.

¡Ah! ¡Canallas!

UN CARNICERO

¡Bandidos! ¡Malditos! ¡No sé cómo no les abro a todos la barriga con mi cuchillo!

UN CIUDADANO

Subido sobre un guardacantón.

¡Ciudadanos, amigos: no creáis una palabra de lo que os dicen de esos miserables ultramontanos!

¡Ellos nuestros amigos! ¿Qué amigos son éstos?
 ¡Han tomado por asalto, han quemado a Sarzana,
 han estrangulado hombres, mujeres y niños pe-
 queños! ¡Se han visto horrores!

GRITOS EN LA PLAZA

¡Abajo los franceses!

EL CIUDADANO

Gesticulando.

¡Hemos expulsado a Pedro de Médicis, que ha
 ido a reunirse con los granujas de sus hermanos,
 el cardenal y el otro! ¿Y estos extranjeros quie-
 ren traérnoslos otra vez? ¿No es un cobarde? ¿No
 es un traidor? Hemos arrastrado sus escudos por
 el fango, y ¿habremos de colocarlos de nuevo?
 Hemos demolido su palacio hasta los cimientos, y
 ¿tendremos que reedificarlo? ¡Es una vergüenza!

GRITOS VIOLENTOS

¡Mueran los Médicis! ¡Mueran los franceses!

UN JOVEN

Saltando sobre un guardacantón.

¡Sí, mueran! Son unos miserables, son unos
 bárbaros; después de haber hecho que se nos su-
 bleve Pisa y de amenazarnos con un sitio, ¡los he-
 mos recibido en la ciudad! ¡Hemos dejado que el

rey Carlos entre bajo palio, como si fuese el Santísimo Sacramento! ¡Les hemos dejado atravesar las calles en gran formación, con la lanza sobre el muslo como triunfadores! ¡Les hemos colmado de atenciones, de cumplidos, de caricias! ¡Se ha representado para ellos la Anunciación de la Santísima Virgen en la iglesia de San Félix, y hasta dos veces, porque así lo han pedido, y ahora quieren subyugarnos!

LA MULTITUD

¡No! ¡No! ¡No! ¡Mueran los franceses! ¡Vengan palos! ¡Palos! ¡Espadas!

Gran agitación; el pueblo comienza a armarse.

EL CAPITÁN TERRIDE

A su teniente.

Permaneced a la cabeza de la compañía, y ordenad que los hombres se bajen las viseras. Subo arriba a contar lo que pasa.

EL TENIENTE

Monseñor, ¿una carga a fondo sobre esta canalla, no es eso?

EL CAPITÁN TERRIDE

Sí; pero esperad la orden. Nada de aturdimientos.

Se apea del caballo y entra en el palacio.

Una sala del palacio de los Médicis. El rey, monseñor Felipe de Saboya, conde de Bresse; los señores de Piennes, de Bourdillon, de Bonneval, de Argenton; numerosos oficiales, el señor Gino Capponi y tres comisarios florentinos.

EL REY

Dando con el pie en el suelo.

¡Yo soy el amo! ¡Que me obedezcan!

EL SEÑOR GINO CAPPONI

Vuestra Alteza se dignará decirnos una vez más lo que pretende, y nosotros daremos cuenta de ello a la señoría.

EL REY

¡Bien! Escuchadme atentamente; no repetiré mis palabras una tercera vez, y si os resistís tendréis que sentir.

EL SEÑOR DE PIENNES

¡Bien hablado!

EL REY

Quiero que admitáis de nuevo a vuestro príncipe, el señor Pedro de Médicis.

Aplausos entre los franceses.

CAPPONI

Escucho.

EL REY

¿Lo admitiréis?

CAPPONI

Escucho, y cuando sepamos de lo que se trata responderé.

EL REY

¿No os mostráis decidido a someteros?

CAPPONI

Ya lo veréis. Por el momento, escuchamos a Vuestra Alteza, a fin de saber lo que quiere.

EL REY

Digo, pues, que ante todo quiero que el señor Pedro sea restablecido; después quiero que toda la señoría sea en adelante de mi elección.

CAPPONI

¿Es eso lo que queréis?

EL REY

Sí, lo quiero.

CAPPONI

Pues bien; nosotros no queremos.

EL REY

¡No queréis!

CAPPONI

¡No; no queremos!

EL REY

¡Vive Dios que os encuentro bastante atrevido!

CAPPONI

En este momento es preciso serlo.

EL REY

A uno de sus oficiales.

Dadme el tratado que van a firmar estos hombres inmediatamente. ¿Veis, señores? Sentaos a esta mesa; he aquí tinta, he aquí plumas; no me saquéis de mis casillas; la paciencia se me acaba. ¡Firmad, firmad, firmad!

CAPPONI

Arrancando el tratado de manos de quien lo tiene, lo desgarró en cuatro pedazos.

¡Así se conducen los florentinos con la tiranía!

EL REY

Fuera de sí.

Mandad tocar las trompetas.

CAPPONI

¡Y nosotros, echemos las campanas a vuelo!

Sale con sus compañeros.

EL CAPITÁN TERRIDE

Se precipita en la sala.

¡Señor, órdenes! En la plaza, la multitud es enorme. ¡Vamos a ser atacados! Vuestros suizos han querido apoderarse del Borgo d'Ogni Santi y han sido maltratados y rechazados. ¿Qué ordenáis?

EL REY

Corred y llamad al señor Capponi.

El rey se pasea con agitación por la sala; el señor De Bourdillon se acerca y le habla bajo; silencio; se oyen los gritos y las voces del pueblo en la plaza. Entran los diputados florentinos.

EL REY

Tomando a Capponi por la mano.

¡Ah! Capón, mal Capón, nos estás jugando una mala pasada.

CAPPONI

Soy un servidor de Vuestra Alteza, y estoy dispuesto a servirle en lo que sea razonable.

EL REY

¡Un servidor mío!

CAPPONI

El más fiel.

EL REY

Pues bien; ya que rechazas mis ofrecimientos, que eran por bien tuyo, propón a tu vez.

CAPPONI

Sois un gran rey; sois un alma caballeresca y generosa; os pedimos que unáis a los títulos gloriosos de vuestros antepesados éste, no menos brillante: restaurador y protector de las libertades de Florencia.

EL REY

Me place.

CAPPONI

Os ofrecemos, como testimonio de nuestro reconocimiento, un don gratuito de ciento veinte mil florines de oro.

EL REY

Lo acepto; ¿y además?

CAPPONI

¿Además? Vuestra magnanimidad nos devolverá nuestras fortalezas; nos devolveréis Pisa, y quedará decidido que Pedro de Médicis no se acercará a nuestras murallas a más de doscientas millas.

EL REY

¡Bien! Ahora que ya somos buenos amigos, permaneceré entre vosotros.

CAPPONI

No, Alteza. Una república no ve sin inquietud tantas armas extranjeras en medio de ella. Vuestra Alteza partirá con sus tropas y nos dejará en nuestra independencia.

EL REY

¡Por vida mía, señor Pedro, adoptáis un tono bastante extraño! ¿Soy yo, por ventura, un lacayo para dejarme echar de esta manera? ¿Me creéis el más cobarde de los hombres? ¿Es demasiado abusar de mi mansedumbre! Tengo la espada al cinto y la sacaré si se me molesta. ¡No; de ningún modo, no me marcharé! Me quedaré,

¡vive Dios!, y tanto tiempo como me parezca, ¿lo oís? ¡Aunque hubiese de permanecer en medio de vuestros edificios reducidos a polvo por mis cañones! ¡Ah!, os habéis imaginado... ¿Quién es este fraile?

Entra Savonarola.

CAPPONI

Señor: es fray Jerónimo.

EL REY

No tenemos ninguna necesidad de esa cogulla. Te conozco, hermano: ¡no eres más que un hipócrita, un sedicioso, un loco! Fuera de aquí, o te mando...

FRAY JERÓNIMO

No me haréis nada mientras Dios, mi Señor, me cubra con su mano. ¿Oigo que no queréis partir? ¿Pretendéis aún pisotear esta desdichada ciudad bajo los pies de vuestros caballos? Yo os declaro esto...

EL REY

¡Que lo echen fuera!

CAPPONI

¡Tened cuidado, señor! El motín y la cólera rugen en Florencia. Si tocáis a fray Jerónimo, to-

cáis al amor del país. ¡Creedme, creedme! ¡Escuchadle en vez de insultarle, pues de otro modo las piedras mismas se levantarán contra vos! ¡No sabéis lo que es una nación enloquecida!

EL REY

¿Qué quieres, fraile?

SAVONAROLA

Quiero haceros volver a vos mismo. Nada tenéis que hacer en Florencia: lo que necesitáis es Nápoles, Nápoles y el ancho mar; y más allá, esa corona imperial que os ha destinado la Providencia, la ruina de los turcos, la destrucción de los paganos y el nombre sublime de jefe supremo, no de la pequeña Florencia, sino de la vasta cristiandad. No vayáis, no vayáis, por una cólera mezquina, a perder el rango que Dios os reserva y los tesoros de gloria de que os colma. ¡Marchad adonde os llaman vuestros destinos incomparables! ¡No quitéis sus libertades a un pobre pequeño país que os ama; no hagáis como David; no quitéis a un desgraciado su flaca oveja, cuando a vuestra disposición se presentan rebaños inmensos y florecientes! ¡Tened cuidado! ¡Vos sois quien con mano omnipotente debéis reformar la Iglesia universal! ¡Dejad las cosas menudas; poned vuestra mano en las grandes y no hagáis de manera que lleguéis un día a ser un nuevo Saúl, rechazado por Dios!

EL REY

Este hombre habla como si estuviera seguro de lo que cuenta. ¿Crees tú de veras que seré emperador de Oriente?

SAVONAROLA

¿Y quién otro ha predicho, hace cuatro años, que vendrías a nuestro país y serías irresistible? ¿Quién otro ha revelado la caída de los aragoneses y vuestra entrada en Roma?

EL REY

Sí; entraré en Roma; ¡dices verdad!

SAVONAROLA

Marchad, pues, señor, y no perdáis el tiempo.

Entra un oficial.

EL OFICIAL

Si los magistrados florentinos no se interponen en seguida, vamos a ser bloqueados en este palacio; las avenidas están llenas de vecinos armados y ebrios de furor.

CAPPONI

A sus compañeros

Con la venia del rey, venid e impidamos una horrible catástrofe.

EL SEÑOR DE BOURDILLON

Señor: creo que sería necesario ceder; en realidad, nada tenemos que hacer en esta ciudad. Más tarde nos desquitaremos.

EL REY

¿Lo creéis?

SAVONAROLA

Al oído del rey.

¡Cuidado, señor; las bandas celestes de los ángeles descienden de lo alto contra vos!

EL REY

A Capponi

¿Cumpliréis vuestras condiciones?

CAPPONI

El dinero os será entregado al instante.

EL REY

A Capponi.

¡A caballo, señores! ¡El amor a Florencia nos distrae de nuestros asuntos! Esta noche misma nos pondremos camino de Nápoles. Señor de Piennes, vos mandaréis la vanguardia, y los correos deben salir inmediatamente.

LOS FLORENTINOS

¡Viva el rey!

Una de las puertas de la ciudad. Reunión de gentes del pueblo.

UN CIUDADANO

Al fin no se ve más que la cola de los rezagados. ¡Ya están lejos esos malditos franceses! ¡Que el diablo se los guarde! Si no es fray Jerónimo el que nos liberta de ellos, ¿quién puede ser?

UN SASTRE

Ha hablado al rey crudamente y le ha cantado las verdades.

UN CERRAJERO

Se las ha cantado como yo os doy los buenos días, y el pobre diablo ha sentido su buen miedo.

UN ALBAÑIL

¡Fray Jerónimo es el profeta de Dios!

LA MULTITUD

¡Si alguien lo duda, hay que despanzurrarlo!
 ¡Acabemos, acabemos con el perro de iniquidad!
 ¡Viva Jerónimo! ¡Viva el profeta de Dios!

Cerca de la frontera veneciana. Un campamento de seis mil aventureros italianos. Vasta campiña, fértil, cubierta de árboles, de viñas, de mieses; en el horizonte, aldeas; un río corre en el centro del paisaje, y las tiendas militares están colocadas a las orillas. En la pendiente del ribazo, una barraca de tablas, cubierta de festones verdeantes, donde se vende de beber. Pasan escuderos conduciendo sus caballos al abrevadero; soldados, arqueros, ballesteros de a pie y de a caballo, campesinos, campesinas, mozas del partido, mendigos; los unos se pasean, los otros riñen; muchos están sentados delante de la taberna, hablan, riñen, juegan a los dados y a los naipes.

UN HOMBRE DE ARMAS

¡Viva el amor! Dejo la compañía de Alejandro del Tiaro y me voy con el Scariotto. ¡Llévese el diablo a mi primer capitán! ¡El cáncer! ¡Se muere uno de hambre a su lado!

UN BALLESTERO

¡Le conozco! ¡He servido con él! ¡Ese gavilán no tiene para el soldado más que malas palabras!

UN TROMPETA

Cierto. ¡Habládme, en cambio, de Bautista de Valmontone! ¡Este sí que es un buen *condottiere*!

UN CAMPESINO

Con el gorro en la mano.

Excelentes señores: soy un pobre hombre.

UN PIQUERO

Mejor sería que fueses rico y pusieras dos buenos ducados a la suerte de los dados.

UN CAMPESINO

Dispensadme, excelente señor piquero; os lo juro por la Virgen y por el Santo Niño. Soy un hombre muy pobre, reducido a la miseria más lamentable, y acabo aun de perder mi última vaca, que me han arrebatado dos respetables soldados de caballería ligera.

UN TAMBOR

Conozco a ese tipo. Se pasea por todos los acantonamientos de tropas, diciendo siempre que ha perdido su última vaca; es su profesión.

EL HOMBRE DE ARMAS

¿Cuánto sacas así un año con otro?

El campesino se aleja, colocándose otra vez el gorro en la cabeza.

UN BALLESTERO

Se dice que el soldado roba al paisano; yo os digo que, en fin de cuentas, con sus posadas y sus mercancías en mal estado, sus casas de juego

y de mujeres, sus quejas y sus reclamaciones sempiternas, son los paisanos los que despojan al pobre soldado de su última camisa y le hacen morir en la miseria.

UN TROMPETA

Tienes razón, ¡vive Dios! Pero ¿quién es ése que llega a nosotros todo engalanado de terciopelo, seda y galones, con la pluma en el gorro, la mirada recta, la mano en la cadera, estirado como un arco? ¡Pardiez! ¡Vaya un fanfarrón! ¡Y eso que no tiene tres pelos rubios bajo la nariz y apenas dieciocho años!

EL RECIÉN LLEGADO

Señores soldados: os saludo y deseo vivamente hacer amistad con vosotros.

EL HOMBRE DE ARMAS

También nosotros, cuando nos hayáis dicho de dónde salís.

EL RECIÉN LLEGADO

No me oculto. Soy un Ordelaiffe de Forlí, primo del señor Antonio, y, por consiguiente, hidalgo, cosa que no sois la mayor parte de vosotros. Amante de la gloria, devorado por la más noble ambición, acabo de alistarme en las bandas

de mi pariente, y solicito vuestra amistad a cambio de la mía.

EL BALLESTERO

Si yo tuviese encima un traje tan rico, me haría mercader o cura; pero, ciertamente, no iría por mi gusto en busca de la alabarda, el hambre, la sed, el frío, el calor y las noches sin dormir.

EL RECIÉN LLEGADO

Sin duda habéis nacido de algún destripaterrones, y la bajeza de vuestras inclinaciones es muy natural. En cuanto a mí, siento que soy de la raza de losalcones; me gusta el aire libre, el tumulto, los gritos; ni la lluvia ni la tempestad me dan miedo, y si los Sforza y tantos otros han llegado a ser príncipes no veo por qué no me ocurriría a mí lo mismo.

EL PIQUERO

¡Cáspita! ¡Vaya un mozo! ¿Tienes un doblón en el bolsillo, un cequí, cualquier cosa? Vamos a echar una partida, y en seguida te llevaré a casa de don Agustín de Campo-Fregoso, que es preferible a tu primo.

EL RECIÉN LLEGADO

¡Tú bromeas, camarada! Tengo en mi bolsillo cincuenta florines de Alemania; ¿quieres que los pongamos a tres partidas?

EL TAMBOR

¡Decididamente es un bravo! ¡Naipes, vengan naipes!

UNA MOZA

A su compañera.

Van a desplumarlo. Es lo mismo. No perdamos de vista a este tórtolo. Mañana le ayudaremos a comerse el precio de su enganche.

LA COMPAÑERA

Ten cuidado con él. Tiene una mirada siniestra y una mano que no vacila. Su cuchillo no debe de estar muy sujeto a la vaina.

En los linderos del campamento, en medio de un hermoso jardín, lleno de flores y plantado de cipreses, un palacete, construido en el estilo más reciente, con follaje, arcadas, columnas pareadas, estatuas, el techo plano y una loggia, sostenida por figuras de sátiros en tierra cocida. Una sala con elegantes pinturas y muebles, bargueños incrustados de marfil y nácar, armarios de ébano esculpido, con figurillas; espejos de Venecia, grandes sofás. Al lado de una de las ventanas y puesto de manera que recibe mejor la luz, un cuadro, colocado sobre un caballete. El señor Deifobo dell' Anguillara, capitán general de los aventureros; el capitán don Segismundo de Brandolino, el poeta napolitano Cariteo.

ANGUILLARA

Veamos, señor Cariteo; vos, que sois un refinado, un exquisito catador en cosas de arte, ¿cómo os parece este cuadro?

CARITEO

¿Es del Barbarelli, si no me engaño?

ANGUILLARA

¡Bien adivinado! ¡Es del Giorgione, y de los mejores suyos, por mi vida!... Pero no quiero influir en vuestro juicio... ¡Hablad con libertad!

CARITEO

¡Una pintura magnífica!

ANGUILLARA

Me place que penséis así. Este tesoro me ha llegado hace un instante y acaban de desembalarlo.

CARITEO

¡Una maravilla, una maravilla, os lo aseguro! ¡No podría llevarse más lejos el encanto de color! ¡Además, hay aquí como un reflejo delicioso de la manera del Vinci! Y en el fondo, ¡qué originalidad! ¡Qué franqueza! ¡Qué fuego! ¡Es un hombre ese Giorgione, y una de las glorias del siglo!

EL CAPITÁN BRANDOLINO

Prefiero, sin embargo, los pintores de Florencia a los de Venecia; su dibujo es infinitamente más

severo y su pincelada tiene algo de masculino, que me encanta.

CARITEO

¡Creedme! ¡El Giorgione y el Bellini son seres divinos!... ¿Se me permitirá notar aquí que el señor Deifobo no ha querido que el artista fuese a contemplar en el cielo la belleza incomparable de esta Juno?... Se la ha mostrado sobre la tierra.

ANGUILLARA

Sonriente.

Sois un indiscreto, y las damas no perdonan ese crimen... Seriamente, ¿la habéis reconocido?

CARITEO

Naturalmente; aunque el genio del pintor haya quedado por debajo de las incomparables perfecciones del modelo.

ANGUILLARA

Sin duda, el modelo no está mal.

EL CAPITÁN BRANDOLINO

El señor Deifobo es afortunado en todas las cosas.

EL CAPITÁN BARTOLOMÉ FALCIERA

En el umbral de la puerta.

¿Puedo hablar a monseñor?

ANGUILLARA

¿Qué preguntáis? Estoy ocupado, capitán. Entrad, sin embargo... ¿Qué ocurre?

FALCIERA

Por acusación de miserables aldeanos, uno de mis mejores jinetes ha sido cogido por los prebostes, y, según se dice, vos ordenáis que le cuelguen.

ANGUILLARA

Sé de lo que se trata. Vuestro hombre será colgado.

FALCIERA

Considerad, sin embargo, monseñor, el perjuicio que me causáis. Hace cuatro años que vengo formando a este hombre y costeándole todo; es un sujeto sólido, ejercitado en las armas; naturalmente, le he hecho anticipos, y no me debe menos de quince ducados... Voy a perderlos.

ANGUILLARA

Es muy desagradable, convengo en ello; pero no me gusta que se maltrate a los campesinos, y

a quien esto hace se le ahorca. Tal es la regla establecida, y no me apartaré de ella. A vuestro imbecil se le ocurre tostar tranquilamente la pierna derecha a un hombre de la aldea de al lado, y le promete lo mismo para la izquierda si no le entrega su dinero (*Rien.*) ¡Es lo más absurdo que puede imaginarse! ¿Estamos en Alemania, en Francia o en Nápoles? Entonces sería muy diferente; yo podría cerrar los ojos por consideración hacia vos; por lo demás, no valdría la pena de incomodarse. Pero, ¡qué diablo!, estamos en Italia, y si los aventureros tratan de tal modo a los labradores, pronto será el hambre con nosotros y nos perseguirán como a fieras. No me gustan estas malas costumbres; hay que renunciar a ellas. Hacemos nuestro oficio; hagámosle tranquilamente y sin molestar a los que hacen el suyo. Vuestro hombre será ahorcado.

FALCIERA

¡También es desgracia la mía! En el último encuentro con los venecianos, uno de mis hombres de armas cayó al suelo y murió a causa de ello.

ANGUILLARA

¿Es que acaso el enemigo se permitió matarlo?

FALCIERA

¡No, señor mío! Al contrario, los camaradas del otro bando nos ayudaron a levantar nuestro ca-

dáver; eran gentes del capitán Hércules Bentivoglio. El pobre diablo cogió sencillamente un ataque de apoplejía, causado por el calor y el peso de la armadura.

ANGUILLARA

Nadie puede evitarlo; pero consolaos, capitán Falciera. De cuando en cuando hay que soportar algunos golpes de la adversidad, y Séneca os lo diría mejor que yo. Sentaos, sin embargo, y tomad un vaso de este vinillo del Friul, que no resulta desagradable.

FALCIERA

Con un suspiro.

¡A vuestra salud, magnífico señor!

Entra el señor Vincenzo Quirini, senador veneciano; lleva un rico ropaje de brocado rojo con grandes bordados verdes y amarillos, una cadena de oro al cuello y en la mano su birrete de terciopelo negro, rodeado por un cordón de gruesas perlas; rostro bello, muy moreno, cabellos negros, cortos; larga barba negra, rizada; pendientes con rubíes.

QUIRINI

A Anguillara.

¡Qué alegría veros! ¡Dios os guarde, mi ilustre amigo! ¡Dejad que os abrace!

ANGUILLARA

Corriendo a él y estrechándolo
contra su corazón.

¡Cómo! ¿Sois vos? ¡Ah, señor Vincenzo! ¡Qué
dicha!... ¡Mi noble, mi ilustre compadre!

QUIRINI

Saludo con todo mi corazón al señor Cariteo y
a los excelentísimos señores presentes. Sin más
rodeos: la excelentísima Señoría me envía a vos.
Queríamos saber si aceptaríais nuestra soldada.

ANGUILLARA

Mi compromiso con los aragoneses expira den-
tro de un mes. ¿Cuánto me ofrecéis?

QUIRINI

Doce mil ducados al mes, con todos los gastos
pagados.

ANGUILLARA

No nos arreglaremos a ese precio. En este mo-
mento tengo catorce mil, y recibo del señor Sforza
y de los franceses las más hermosas proposicio-
nes. El mismo don Franceso Sanseverino ha ve-
nido a traérmelas. Ved lo que os conviene. ¿Me

queréis? Pagad lo que es preciso. ¿No me queréis? Me iré a otra parte. Mientras tanto, sentaos.

QUIRINI

¡Dios mío! ¡Qué cuadro más delicioso!... ¡Juno abrazando a Júpiter!... ¡Admirable!... ¡Del Giorgione, claro está! ¡Él sólo es capaz de semejante obra maestra! ¡Ah, pero, esperad!... Me parece que es retrato de la... ¡Os felicito, señor Júpiter! Desde luego, amigo mío, si vinieseis a nosotros, por mi parte, yo me alegraría mucho; pero ante todo vuestros intereses, claro está. Siempre encontramos *condottieri*; menos célebres, sin duda, pero más acomodaticios.

ANGUILLARA

Al precio que proponéis no obtendréis ningún capitán de nota: ni el cardenal de Capua, ni el magnífico Gattamelata, ni el Colloni, ni el Piccino, ni Dal Verme; solamente mesnaderos de segundo orden. ¡Pero eso a vuestro gusto! No olvidéis, sin embargo, que las mercancías baratas son la ruina del comprador. Yo tenía ya diez bombardas de hierro; acabo de comprar otras seis, y me las han traído ayer. Dos de ellas son invención del pequeño Miguel Angel Buonarotti. Lanzan piedras tan grandes como diez veces vuestra cabeza, y que caen a casi cuatrocientos pasos. ¡No exagero nada!

BRANDOLINO

Es completamente exacto; he visto las pruebas, y estoy aterrado.

ANGUILLARA

Ninguna banda posee artillería comparable a la mía. No os he hablado más que de las bombardas; pero tengo además muchas culebrinas, cañones y serpentinas, servidos y maniobrados por alemanes, que me cuestan cada uno dieciséis florines al mes, aparte los imprevistos; pero dejemos estos detalles, con los cuales no pretendo deslumbraros. Tengo dos mil hombres de armas, perfectamente ejercitados y con equipo completo; mil estradiotas albaneses admirables y cuatro mil hombres de a pie, la flor de la infantería. Me parece que pidiendo dieciséis mil ducados no cometo ninguna injusticia con nadie.

QUIRINI

Sin duda... sin duda... y se os concedería sin excesivas vacilaciones lo que pretendéis si las malas lenguas no os tachasen de no llevar nunca vuestras tropas al combate por temor a estropearlas.

ANGUILLARA

Vivamente.

Mi opinión, semejante a la de todos los verdaderos hombres de guerra, es ganar las batallas y decidir las campañas maniobrando; no siento ningún deseo de que muera gente sin necesidad. ¡Qué tontería! ¡Qué brutalidad salvaje hacer que se degüellen unos pobres diablos de soldados por el gusto de dar golpes a tontas y a locas! ¡Eso está bien para suizos, franceses, españoles..., para bárbaros! ¡Nosotros somos italianos!

QUIRINI

Desgraciadamente, esos bárbaros se ponen con toda su alma, y si esto continúa acabarán por salirse con la suya.

ANGUILLARA

Mientras viva, llevaré la guerra según las reglas.

QUIRINI

¿Qué pensáis de nuestra discusión, vos, ilustre señor poeta, que nos representáis sin cesar al dios Marte lleno de furor, en medio de los batallones ensangrentados?

*CARITEO

Cada época tiene su moda; los poetas, por lo general, imaginan lo que no conviene en realidad.

ANGUILLARA

¡Buena respuesta! Además, querido señor Vincenzo, interrogad a vuestro Alviane, que parece casado con la serenísima República, puesto que no sirve a ninguna otra potencia; él os dirá si gusta de sacrificar sus gentes sin motivo. ¡Y, sin embargo, ése es un bravo!

QUIRINI

Nosotros no le escaseamos ni honores ni dinero; le hemos dado la ciudad y el territorio de Pordenone...

ANGUILLARA

Ha hecho de él un paraíso. No se ven por allí más que artistas, literatos, gentes de talento; su academia es célebre a gran distancia. Ponedme en situación de llevar una vida tan elegante y tan noble, y yo os serviré tan bien como él.

QUIRINI

¿Os comprometeríais a mantenernos firmemente en las ocasiones necesarias, aunque tuvieseis que perder gente?

ANGUILLARA

¡Seamos francos!... Contra otros *condottieri*, ¡nunca! ¡Bueno sería causar pérdidas a un camarada, que al día siguiente me destrozaría mis tropas, y con el cual no podría después encontrarme bajo las mismas banderas en otros servicios! ¡Nunca, os lo aseguro!; pero contra bárbaros, que no se detienen ante nada, marcharé con gusto, y vosotros no dejaréis de indemnizarme; tanto por hombre muerto, tanto por hombre herido, tanto por caballo, teniendo en cuenta también los bagajes perdidos... ¿Os conviene esto?

QUIRINI

Comenzamos a entendernos.

ANGUILLARA

Entonces podemos tratar; si os place, podrá ser mañana por la mañana; y por el momento, cenad con nosotros.

BRANDOLINO

Os advierto que la Morella está aquí.

QUIRINI

¿Es cierto?

ANGUILLARA

¡Bravo! ¡Se le encienden las mejillas!

QUIRINI

¡Pero vuestro campamento, querido amigo, es, a la vez, una Atenas y una Amatonte!

BRANDOLINO

¡Sin contar que tenemos músicos del más raro mérito y un bailarín incomparable: Gian-Págo! ¡Además, el señor Cariteo y Serafín Aquilino van a leernos sus últimas poesías!

ANGUILLARA

¡Vamos a la mesa!

QUIRINI

¡Una palabra, os lo suplico! Si conseguimos entendernos en cuanto a vuestro contrato y entráis al servicio de la República, ¿no hostigaréis demasiado al campesino?

ANGUILLARA

Yo mantengo una firme disciplina; podéis fiaros de mí. Por lo demás, preguntad al capitán aquí

presente, al señor Bartolomé Falciera, lo que piensa de ello. En este momento ha tenido ocasión de experimentarlo.

QUIRINI

Esto vale un mundo. Nos importa mucho.

ANGUILLARA

Basta de negocios por hoy; no pensemos más que en distraernos. ¡Vamos a cenar!

V E N E C I A

Una sala en el palacio ducal. Los tres inquisidores de Estado en sesión; tabla cubierta de despachos y papeles.

PRIMER INQUISIDOR

Con una carta en la mano.

¡Aquí está la noticia! Los franceses, después de haber triunfado tan insolentemente en Roma y en Nápoles, acaban de abandonar esta última ciudad en el más completo desorden. ¡Qué locos! ¡Ni razón, ni prudencia, ni previsión! Los aragoneses los persiguen, las tropas del Papa los hostigan. Van a marchas forzadas y se esfuerzan en ganar y franquear los Apeninos.

SEGUNDO INQUISIDOR

Ayer ha quedado decidido que renunciábamos a la neutralidad. ¿Han partido las órdenes de ataque? ¿Se encuentra nuestro ejército en buen estado para combatir?

TERCER INQUISIDOR

He aquí los últimos informes de los ilustrísimos proveedores y de nuestro general, el marqués de Mantua; además, el senador señor Vincenzo Quirini nos ha cerrado el trato con el conde de l'Anguillara. De manera que tenemos cuarenta mil hombres, y los franceses son a lo más siete mil.

SEGUNDO INQUISIDOR

Si fray Jerónimo de Savonarola guardara cierta sabiduría en su cabeza de retórico, no le sería difícil abrir delante del enemigo un foso tal que éste no pudiese franquearlo; ¡pero en lugar de pensar en los negocios sueña en las buenas costumbres!

PRIMER INQUISIDOR

Recibo una nota del jefe del arsenal de Padua. Los últimos convoyes de municiones destinados a nuestras tropas han partido. Nada falta al equipo general. Los víveres son abundantes.

SEGUNDO INQUISIDOR

Podemos empezarlo todo. E importa ahora que pensemos en el día siguiente de una victoria casi

cierta. ¿Devolveremos a nuestro aliado, el duque de Milán, aquellas fortalezas tuyas que ocupamos?

TERCER INQUISIDOR

Aquí es donde el socorro de los florentinos nos sería preciso.

PRIMER INQUISIDOR

No pensemos siquiera en él. Con ningún populacho se ha podido establecer nunca una alianza fructuosa. No contemos más que con nosotros mismos y estemos resueltos de antemano a no devolver nada a Ludovico. ¿No pensáis que sería conveniente prevenir de nuestras resoluciones a los ilustrísimos proveedores?

TERCER INQUISIDOR

Ciertamente.

SEGUNDO INQUISIDOR

Soy, como es natural, de vuestro parecer. Informaremos de la opinión del consejo al serenísimo príncipe y a los diez. Ocupémonos de otros negocios.

FLORENCIA

La casa del señor Vespucio. Vespuccio, Marsilio Ficino, traductor de Platón; el pintor Baccio della Porta, Francisco Valori, Nicolás Maquiavelo.

VESPUCCIO

Los franceses han llevado tan mal sus negocios, que ya están expulsados de Nápoles, y se hallan tan amenazados en las Romañas, que el señor de Aubigny debe evacuar estas provincias, y el duque de Milán no tiene inconveniente en alzar tropas contra ellos, él que los había llamado.

FRANCISCO VALORI

¡Todo esto favorece a nuestra causa! Bien establecidos en Nápoles, los franceses hubieran querido mostrarnos su resentimiento por la manera como el señor Gino Capponi los echó fuera. Vencidos estos amigos dudosos, serán más tratables; nos devolverán a Pisa, cosa que nos han negado siempre hasta hoy.

MAQUIAVELO

Que lo hagan o que no lo hagan, es cosa que no me atrevería a presagiar, pues el rey es una pobre cabeza y sus inspiraciones le llegan de los cuatro vientos; pero no estoy satisfecho de nuestra posición en el interior.

FRANCISCO VALORI

¿Por qué, decidme, señor Nicolás? El gobierno popular se encuentra bien asentado; las últimas elecciones han producido excelentes efectos; nuestros magistrados son firmes y prudentes, y, a pesar de haber durado ya siete años, el crédito de fray Jerónimo en nuestra población parece hasta rejuvenecido; tiene todo el sabor y el crédito de lo nuevo. Creo que las cosas marchan tan bien como es posible desear.

VESPUCCIO

Y aun por el solo hecho de que no tenemos ya a los Médicis tienen que marchar bien. Estoy dispuesto a aceptar todas las desgracias imaginables excepto la de ver que esta familia recobra su influencia malvada.

FRANCISCO VALORI

No se piense en ello, desde luego.

MAQUIAVELO

Yo desearía vivamente poder compartir vuestra opinión; pero no veo las cosas bajo una luz favorable. Queremos una república popular, sólida, en la cual cada uno trabaje y goce de una libertad bien ponderada. Para obtener tal resultado, pienso como el señor Vespuccio: no necesitamos esas influencias de familias poderosas, que pesando sobre uno de los platillos de la balanza, la inclinan demasiado. Por esta razón, rechazo sobre todo a los Médicis. Pero me parece que nuestra política funciona por medio de resortes quizá demasiado rígidos, demasiado duros y tensos, cosa que puede hacerla saltar de un modo lastimoso.

VESPUCCIO

¿Por qué? ¿Se trata mal a los secuaces de Pedro? ¿Qué mal hay en ello? Es hasta una necesidad; está bien castigar a esas gentes, mostrar que no conviene imitarlas. ¿Encontráis que los partidarios de fray Jerónimo llevan demasiado lejos su celo? Acaso sea cierto. A veces emplean maneras poco hábiles para predicar la virtud e imponer su observancia; pero, ¡qué diablo!, no se hace una tortilla sin romper huevos. El mismo fray Jerónimo cree acaso demasiado en lo que dice, y entre nosotros, muy a menudo, siento ganas de sonreír cuando le veo alzarse impetuosamente.

mente contra esta o la otra debilidad humana, que no merece, ni con mucho, el ruido que derrocha. Pero, ¿qué queréis? Tenemos necesidad de él; si el populacho de Florencia y los cerebros exaltados no se figurasen que el buen fraile abre el paraíso y está camino de reformar el mundo, ¿imagináis que los traería a nosotros sólo el deseo de un buen gobierno? Habría más de uno que se preocuparía poco del bien que le hacemos, y que hasta preferiría con mucho a la vida regular y moderada de un hombre honrado el ocio de un protegido de los Médicis.

FRANCISCO VALORI

Tengo mejor opinión de nuestros conciudadanos, señor Vespuccio, y tengo por seguro que la mayoría de los hombres son buenos por naturaleza y siguen sin esfuerzo el recto camino una vez que se les ha mostrado.

MARSILO FICINO

En cuanto a mí, si se me permite confesarlo, me impresiona y conmueve profundamente el esfuerzo general que eleva a todo un pueblo hacia las esferas encantadas del bien y de lo bello. ¡Nada más admirable que ver este pugilato generoso de todas las pasiones nobles en liga contra las malas, y esas iglesias constantemente llenas mientras que las tabernas están desiertas!

MAQUIAVELO

Me ocurre como a vos, es decir, advierto con interés extremado las discusiones de los Consejos, al mismo tiempo que las buenas medidas administrativas me dan idea de una actividad teóricamente bien dirigida. Sin embargo, no sé si esta situación puede durar.

VESPUCCIO

Decidme, ¿por qué dudáis?

MAQUIAVELO

Hay demasiada calma aparente y en el fondo poca tranquilidad real. Las gentes satisfechas lo están con demasiada pasión, como el señor Vespuccio, o demasiado sistemáticamente, como el señor Valori.

VESPUCCIO

Yo, por mi parte, odio a los Médicis, es bien sabido, y desde el momento que su alegría está en baja, la mía está en alza; nada más natural.

VALORI

Os aseguro, señor Nicolás, que teniendo en cuenta todas las cosas, y aun procurando no exa-

gerar nuestros deseos, no hay más que motivos de satisfacción.

MAQUIAVELO

Preferiría que no tuvieseis necesidad de demostrarlo. Lo cierto es que bajo la aparente tranquilidad los partidos hostiles a nuestras instituciones están más exasperados que nunca. Los Arrabbiati no se recatan en dejar traslucir una audacia que me hace reflexionar; los Palleschi casi confiesan ya su intención de traernos de nuevo a los herederos del magnífico Lorenzo; los Campagnacci levantan la cabeza y en plena calle profieren sus dichos groseros contra fray Jerónimo. Advierto que muchas gentes les dejan hablar, y hasta se divierten con sus ocurrencias, desaprobándolas y todo. En cuanto a los Tépidi, sabemos positivamente que reclutan partidarios entre aquellos a quienes fatiga una renuncia a todos los placeres, un poco excesiva para los temperamentos comunes. Por último, los gobiernos vecinos, Milán, Siena y los demás, se espantan de las expresiones de nuestro santo predicador. Se le acusa de querer despojar a los ricos en provecho de los pobres y de ser un declarado demagogo. Roma está harta y multiplica sus amonestaciones. Ayer mismo ha llegado una, y fray Jerónimo ha recibido orden de no continuar predicando.

VESPuccio

Esta prohibición es de lo más suave; fray Jerónimo no la tendrá para nada en cuenta. ¿Y qué deducís de todo esto?

MAQUIAVELO

Sería preciso acaso pedir a los florentinos menos perfecciones y tender a gobernarlos, no como se quisiera, sino como se puede.

BACCIO DELLA PORTA

No es esa mi opinión. Lo importante es mantener una buena y fuerte doctrina; a los que no quieren someterse a ella, se les obligará. Mientras tanto, se educa poco a poco una nueva generación, que tendrá los sentimientos apropiados, y el porvenir se anuncia excelente. En esto es en lo que debemos pensar.

MARSILIO FICINO

Habláis como un verdadero sabio. Comparto por completo la opinión del señor Baccio.

VESPuccio

Tanto más preciso es conservar las cosas como están cuanto que nos proporcionan el medio se-

guro de tratar sin piedad a los Médicis y a sus secuaces a poco que esta turba ose levantar la cabeza.

VALORI

Acaso también habría peligro en aparecer menos ardoroso que las muchedumbres.

MAQUIAVELO

Comienzo a no estar ya tan seguro de nuestro éxito final. El fuego de paja es hermoso, deslumbra; pero apenas se aparta la vista un minuto, ya está apagado.

La casa de un helenista. Gabinete de estudio. Un busto de Sócrates en bronce verde. Tablas cargadas de libros, la mayor parte encuadrados en pergamino; muchos infolios abiertos sobre una mesa grande; manuscritos, papeles manchados de tinta y cubiertos con una escritura fina y apretada; un gran tintero de plomo, plumas de barbas erizadas.—El helenista está en un sillón de respaldo de encina esculpida. Tiene un volumen abierto delante de sí. Sus dos codos se apoyan en ambos lados, su cabeza reposa entre sus manos; lee atentamente y con una absorción completa.

LA CRIADA

Entrando.

¡Señor doctor!... ¡La hora del sermón! ¿No escucháis las campanas?... ¡Si no queréis ir a la iglesia, decidlo! Ya os he avisado cuatro veces. ¿Sois sordo? ¡Eh, señor doctor!

EL HELENISTA

¿Qué hay, hija mía?

LA CRIADA

¡El sermón! ¡El sermón! ¡El sermón! ¡Fray Jerónimo predica en Santa María de la Flor. ¡Todos los padres de San Marcos estarán allí! ¡Y la Señoría! ¡Y las Cofradías! ¡Y todo el mundo! ¡El sermón!, ¿lo entendéis?

EL HELENISTA

¡Ah, el sermón, es cierto!... ¡Hay un sermón!... No tengo inconveniente en ir al sermón.

LA CRIADA

¡Cómo que no tenéis inconveniente! ¿Qué queréis decir? ¿Estáis jugando conmigo? Si no venís al sermón podéis disponer a haceros vos mismo vuestra sopa. No permaneceré ciertamente en casa de un impío.

EL HELENISTA

¡Y tendréis completamente razón, hija mía! ¡Eso es ser una buena muchacha! Me gusta ver en ti tales sentimientos. Marcha. Voy a ponerme mi ropón de paño pardo y te sigo.

LA CRIADA

No perdáis mucho tiempo; no vayáis a entreteneros como de costumbre; no encontraréis sitio... ¡Tomad! ¡Este es vuestro libro de oraciones!

EL HELENISTA

Te aseguro que llegaré antes que tú.

Sale la criada.

¡Vaya! ¡Interrumpido en el estudio de este difícil pasaje para ir a escuchar las simplezas con que regalan los oídos del populacho! ¡Todo el sentido de esta frase importantísima depende de la sílaba sobre la cual coloquemos el acento!... ¿La antepenúltima?... Sí, la antepenúltima, entendido; pero entonces... Veremos; ¡es preciso que vaya a embrutecerme con las tonterías de ese Savonarola!... ¡Qué esclavitud! ¡Ah, qué ignorantes, qué fanáticos! ¿Cuándo nos veremos libres de esto, grandes dioses inmortales, musas y ninfas?... Pero es preciso apresurarme para no sufrir persecuciones. ¡Ya es mucho que no haya tenido en mi casa visitas de policía! ¿Cuándo acabará esta tiranía?

LOS APENINOS

Paraje agreste; rocas cubiertas de musgo, pinos desmochados y que se alzan al azar; campiña inmensa al pie de las montañas; el Taro serpentea al través de la llanura; a lo lejos, la aldea de Fornovo. Por los últimos escarpes de las montañas hay destacamentos franceses colocados en batalla; a cada instante pasan compañías sueltas, bandas de estradiotas, de gascones, de alemanes, de suizos; las piezas de artillería y los coches cargados de bagajes van conducidos por carreteras. A la derecha, a alguna distancia, una guardia veneciana, compuesta de infantería dalmata, de algunos hombres de armas italianos, cuyas corazas relucen al sol; la mayor parte están con la visera bajada, y todos tienen la lanza sobre la pierna, prontos al ataque. Sobre una elevación que forma una meseta elevada, el rey Carlos VIII se halla medio tendido entre montones de paja; le rodean numerosos cortesanos y capitanes; entre ellos se distingue a Felipe de Commines, señor de Argenton; al señor Esteban de Vesc, senescal de Beaucaire, y a los señores de Bourdillon, de Bonneval y de Piennes.

EL REY

¡He prometido mi protección a los pisanos; no traicionaré mi palabra y no los entregaré a los florentinos! ¡No me hablen más de ello! Además, ¡he venido a Italia para mostrarme caballeresco y para agradar a mi dama, y no para escribir, leer o firmar papelotes! ¡No me hablen más de negociar! ¡Atacaré al enemigo antes de una hora!

COMMINES

Más valdría contemporizar y oír razones. Si no hacemos que Savonarola y los suyos nos ayuden, corremos el riesgo de no salir de aquí.

EL REY

¡Y yo os aseguro que he realizado hazañas más brillantes que las de mis padres! ¡He conquistado Italia! ¡He triunfado en Roma y en Nápoles a la vista del mundo entero! En todas partes he plantado mis horcas y justicias; he hecho acto de soberanía universal, y de esto no hace más que algunos días. ¡Si ahora me vuelvo a Francia es sólo porque he sido traicionado! ¡Que me salgan al encuentro esos miserables confederados, y, ¡por mi cuerpo!, que me darán una gran alegría!

COMMINES

Suplico a Vuestra Alteza considere que, después de todo, si hemos de hablar claro, nos estamos retirando lo más de prisa que podemos. Nos daríamos muy por contentos si escapamos de la derrota que nos amenaza. Considerad que los enemigos son cuatro veces más numerosos que nosotros. ¡Basta abrir los ojos para verlo! Pienso, pues, que es indispensable prestar oído a las proposiciones de Savonarola y devolver Pisa a los florentinos, como, además, habíamos empeñado nuestra palabra.

EL REY

¡No escucharé nada! ¡Los florentinos son unos cobardes, unos bribones, unos granujas! Los machacaré hasta hacerlos polvo.

COMMINES

¡No nos hallamos en una situación a propósito para amenazar!

EL REY

¡Siempre tenéis miedo de todo!

COMMINES

Por lo menos, podríamos ser prudentes. Ahí está, delante de nosotros, el ejército de los venecianos y el de ese mismo duque de Milán que nos ha invitado a venir; las tropas del Papa y los aragoneses nos persiguen; nos es muy necesario alguien que nos ayude.

EL REY

¡Nuestras espadas bastarán! En este momento es seguro que mi flota ha recobrado a Génova.

COMMINES

Siento anunciar a Vuestra Alteza que la flota acaba de ser derrotada en Rapallo. Gran número de galeotas, galeazas, galeras, urcas y fraga-

tas han sido destruídas o cogidas; el resto ha huído no se sabe adónde.

EL REY

No seremos derrotados en Fornovo. Soy yo quien os lo promete. ¡Mandad que avance nuestra artillería! Aquí está el señor de Gié.

EL MARISCAL DE GIÉ

A caballo, revestido de su armadura, con la espada en la mano. Le siguen algunos oficiales.

Saludo a Vuestra Alteza, y vengo a recibir sus órdenes.

EL REY

¿Qué hace el enemigo?

EL MARISCAL

Viéndose él tan fuerte y a nosotros tan débiles, marcha en buen orden. Se sabe que cuenta con sus buenas dos mil quinientas lanzas, dos mil estradiotas albaneses y los bastantes pendones de gentes de a pie para sumar unos dieciséis mil hombres.

EL REY

¡Monseñor de Gié, sois un bravo caballero!

Confío en vos. Para batirme, procuraré servir de algo; para mandar no valgo nada; ordenad, tomad disposiciones a vuestro gusto; yo seré el primero en obedecer.

EL MARISCAL

¡Se hará lo mejor que se pueda!

EL REY

En voz alta.

¡Eh! ¡Escuderos, mis armas!

Los escuderos atan el yelmo del rey y comprueban que las diferentes piezas de la armadura están bien sujetas; le traen su caballo de batalla cubierto de hierro. Salta sobre la silla. A los caballeros, capitanes y soldados que le rodean:

¡Vamos, señores, a vuestras filas, y que cada uno se porte lo mejor que pueda!

Parte al galope con los suyos.

COMMINES

¡Mucho honor y ninguna cabeza! ¿Qué pensáis de nuestra posición, monseñor de Gié?

EL MARISCAL

En el momento de la acción pienso en pegar de firme; lo demás no significa nada. ¡Al galope, señores!

Sale con su séquito.

COMMINES

Si el difunto rey puede ver desde su asiento en el bendito Paraíso el desarreglo de su sucesor, debe de estar bien triste. Estamos perdidos. Este niño travieso quedará esta tarde prisionero, y yo con él. ¡Cuánto dinero tendrá que gastar para el rescate! Pero oigo a mi loco señor hablando a sus hombres de armas. ¿Qué es lo que puede decirles?... No ha sido educado en las letras... De ordinario es muy incoherente en sus palabras... El viento viene de este lado..., se cogen algunas palabras.

EL REY

A lo lejos.

Muy fuertes y atrevidos caballeros: jamás hubiese emprendido este viaje... sin mi confianza en vuestra virtud y valentía... Estad seguros de que tan fácil o más nos es ganar la batalla como comenzarla... Considerad que nuestros abuelos han pasado por todo el mundo... conquistado grandes despojos y triunfos... no penséis más que en combatir valientemente... y si... preferís... poneros en fuga, declaradlo pronto.

COMMINES

Bellas amenazas dignas del espantable Fiera-brás. Antes de que pasen muchas horas vamos a pagar todo este estruendo un poco demasiado caro. ¡Ah, dulce y compasivo señor Jesucristo, compadeceos de nosotros!

LA BATALLA

La caballería francesa acaba de cargar. El rey, con la espada baja, levanta su visera; su frente está bañada en sudor y sus ojos brillan como relámpagos. Su caballo está jadeante. Las lanzas se agitan como las espigas sobre las mieses y las banderolas flamean ondulantes. Flotan banderas de todos colores, ostentando los esmaltes de los blasones; llamadas de trompetas, de clarines; redobles de tambores y tamboriles; gritos en la llanura, gritos de combate, gritos de cólera, gritos de dolor; se elevan por todas partes remolinos de polvo; ruidos sordos de descargas de cañón; aquí y allá se ven muertos, heridos, en montones, en línea, caídos al azar.

BOURDILLON

Saludando al rey con su espada.

¡El rey mi señor hace maravillas!

EL REY

Francamente, Bourdillon, háblame como al amigo de tu alma. ¿Me he portado bien?

BOURDILLON

¡Por todos los santos! ¡Mejor que Amadís!

EL REY

¡Qué bella cosa es la guerra! ¡Siento que mi corazón llega hasta el Cielo! ¡Adelante!... ¡Mirad! ¡El choque es furioso por la derecha! ¡Caballeros, adelante, carguemos!

Baja de nuevo su visera, agita su espada, y parte con la muchedumbre, que grita: ¡Viva el rey! ¡San Dionisio! ¡Francia!

Otra parte del campo de batalla. Los suizos formados en batallón compacto.

EL CAPITÁN RUTTIMANN DE LUCERNA

¡Eh! ¡Hijos míos, mirad a los gascones! ¡Ya han hecho lo suyo! ¡Los albaneses huyen derrotados! Si no os dais prisa, adiós el pillaje: los compañeros habrán cogido lo mejor.

LOS SOLDADOS

¡Es verdad, es verdad; adelante!

EL CAPITÁN

¡Bajad los palos! ¡Apretad! ¡Firme!

Los suizos se precipitan lanzando grandes golpes de alabarda sobre un escuadrón de hombres de armas milaneses, que en un instante queda deshecho y se da a la fuga; carnicería, gritos, tambores, trompetas.

ENTRE LOS ALIADOS

Sobre una altura. El marqués de Mantua, general del ejército veneciano; capitanes de aventureros y de estradiotas; los dos proveedores; nobles que les siguen. En la llanura, los diferentes cuerpos milaneses y venecianos comienzan a ceder terreno.

PRIMER PROVEEDOR

¡Pero, señor marqués, no comprendo lo que pasa! La Serenísima Señoría ha pagado la soldada de los hombres hasta la última moneda. ¡Se os ha dado todo lo que habéis pedido! De nada careéis... víveres, cañones, municiones. ¿Por qué no se mantienen firmes las tropas?

EL MARQUÉS

Estoy dando órdenes; no tengo tiempo de responderos.

Habla a varios oficiales, que se alejan rápidamente en diferentes direcciones. Pasa artillería.

SEGUNDO PROVEEDOR

¡Es intolerable! ¡Ya haré yo mi informe! ¡Me parece que los ballesteros huyen!

PRIMER PROVEEDOR

Aquí está pasando algo muy grave.

EL MARQUÉS

De seguro, nuestro centro se porta mal.

SEGUNDO PROVEEDOR

¡Señor marqués, tenemos el derecho de interrogaros, y vos tenéis el deber de respondernos!

EL MARQUÉS

¿No encontráis que los milaneses nos sostienen fríamente? No sé en qué piensa su general, Gayazzo.

PRIMER PROVEEDOR

¡Mandad que lo detengan!

SEGUNDO PROVEEDOR

¡Reflexionad, por Dios, reflexionad, señor colega! Un caso semejante no está previsto en nuestras instrucciones. ¡Vuestra proposición es muy atrevida!

EL MARQUÉS

¡Por San Marcos! ¡Está ocurriendo lo que me temía! ¡Los estradiotas se desbandan para pillar los bagajes! ¡Nuestras gentes de a pie no tienen ya cubierta su derecha! ¡Son aplastados por la caballería!... ¡Huyen!

LOS DOS PROVEEDORES

¿Está perdido todo?

EL MARQUÉS

¡Casi, casi! ¡No permanezcamos aquí, señores! Los gascones llegan corriendo... ¡al galope! Jun-témonos con nuestros hombres.

Las trompetas francesas tocan la carga; la batalla de Fornovo ha sido perdida por los venecianos y los milaneses.

FLORENCIA

El taller de Sandro Botticelli. Sala inmensa de techo muy alto. Multitud de artistas en trajes pintorescos, y algunos bastante descuidados; varios, que trabajan en grandes lienzos, están subidos en andamios; otros terminan cuadros y trazan bocetos sobre caballetes. Sandro Botticelli, Luca Signorelli, Doménico, Ghirlandaio; Fra Benedetto, miniaturista, lleva el hábito de Santo Domingo y está inclinado sobre un misal colocado sobre una mesita, misal que ilumina tomando minuciosamente los colores en los pocillos que le rodean. El Crónaca.

SANDRO

Con tono quejumbroso.

Hoy es mi último día profano, y esta tela será mi última obra; en adelante no pensaré más que en llorar mis faltas.

FRA BARTOLOMEO DI SAN MARCO

Harás bien, haremos bien en imitarte. La salvación vale más que el talento, y la palma de los elegidos más que la corona del genio. ¡Amén!

LOS ARTISTAS

¡Amén! ¡Amén!

LUCA SIGNORELLI

Hijos míos, creo que vais demasiado lejos. Hay cosas buenas en la santa doctrina de fray Jerónimo. Pero vestirse como los pobres, renunciar a todos los goces de la vida, gemir desde la mañana hasta la noche y, sobre todo, volver a las formas secas y a los dibujos angulosos de los antiguos maestros, no es adorar a Dios en espíritu y en verdad, y no veo que con ello se consiga nada útil.

EL CRÓNACA

El bien es absoluto y no admite la disipación.

LUCA SIGNORELLI

El bien es lo infinito; no admite la estrechez.

Entra Torrigiani, el escultor, magníficamente vestido, con el gorro hundido hasta los ojos. Cierra la puerta violentamente.

TORRIGIANI

¡Que el diablo os confunda, llorones! Le aplastaré la cara al primero que me venga hablando de ese hipócrita de fray Jerónimo.

BOTTICELLI

Torrigiani, te vas a condenar.

TORRIGIANI

¿Por qué, hazme el favor? ¡Soy mejor cristiano que tú! ¡Idiota! ¡Bonito profeta el vuestro! ¡Adulador del populacho! ¡Ensartador de frases! ¡Un hipócrita furibundo! ¡La reforma! ¡La virtud! ¡Las costumbres!... Por Baco, ¿creéis que las delicias de este mundo han sido creadas para que se las patée? ¿Creéis que las mujeres hermosas han sido formadas a fin de que vayan a pudrirse vivas en conventos verdaderamente cerrados? ¿Deben los vinos calientes regar el fango y las obras maestras antiguas, cada día exhumadas, volver a la tierra donde tanto tiempo ha permanecido oculto y ahogado lo que nos enseñan? ¿Voy a ir yo con vuestro monje a quemar los libros nuevos para ahogar mejor en sus cenizas la llama renaciente del espíritu?... ¡No, ciertamente! Yo os lo grito, os lo aúllo: sois unos idiotas, unos monos de perfección funesta, unos monstruos de absurdo, y esta tarde me marcho de Florencia para no seguir escuchando ni contemplando estas cosas.

EL CRÓNACA

Yo, por mi parte, honro como a mi padre, y mucho más aún, al venerable, al sublime, al incomparable, al divino fray Jerónimo. ¡Si alguna

vez le atacan, lo defenderé hasta la muerte, y los que le injurian son unos miserables! ¡Es inútil que me mires moviendo tus ojos grandes de espadachín! ¡No me dejaré aplastar la cara como el pequeño Buonarrotti! ¡Y si tienes la desgracia de acercarte a mí, te planto mi estilete en pleno pecho, vil esclavo de los Médicis!

TORRIGIANI

¡Vosotros, cuando habéis lanzado esa frase hueca, creéis haber insultado a un hombre con toda vuestra alma! ¡Secaos la boca! ¡Aun la tenéis sucia de la papilla con que el magnífico Lorenzo os cebaba!

BOTTICELLI

Puedes decir todo lo que quieras. ¡Lo cierto es que Florencia se ha convertido en el reino de Dios! Jesús tiene el cetro; la Santísima Virgen me aconseja por la voz de Jerónimo; los ricos alimentan a los pobres, y no hay nada más admirable.

TORRIGIANI

¿Y encuentras también admirable quemar los buenos cuadros y volver a pintar, como hace cincuenta años, unas buenas mujeres como husos, sin pechos y sin vientre? ¿Encuentras muy bello estar en harapos y llorar desde la mañana hasta la noche como una gotera, sin que nadie pueda imaginarse por qué?

FRA BARTOLOMEO DI SAN MARCO

¡Tú, con tu ostentación de terciopelos y bordados, con tus plumas y tu puñal dorado y tus sortijas, insultas la miseria de tus hermanos!

TORRIGIANI

¿De mis hermanos?... ¿De mis hermanos? ¿Tenéis vosotros todos, canallas, la desvergüenza de titularos mis hermanos? ¡Esperad a que sepáis dibujar un torso como yo, a comprender y expresar un escorzo, para presentaros como primos míos! ¡De aquí allá ha de pasar tiempo! ¡Mis hermanos han muerto! ¡Eran los artistas de la antigua Roma!

DOMENICO GHIRLANDAIO

¡Aprende a esculpir madonas celestes, puras, castas, severas, y entonces podremos admirarte!

TORRIGIANI

¡Que el Cielo os aplaste! ¿Qué son esos gritos?

Se precipita hacia la puerta.

EL CRÓNACA

¡Anda a que te sacudan! ¡Son los muchachos de la ciudad, que, reunidos en bandas sagradas, proclaman la ley de Jesús, desgarran los trajes de las gentes vestidas como tú y detienen a puñe-

tazos a los que piensan mal para conducirlos al calabozo! ¡Sal a buscarlos, sal!

TORRIGIANI

¡Esas jaurías de gozquecillos rabiosos no me tocarán sin que yo apuñale a una docena! ¡Adiós! ¡Me marchó de esta casa de locos! ¡No volveré hasta que no haya libertad de pintar a Marte y a Venus! ¡Porque el arte, miserables mendigos, es la única virtud, la única grandeza, es la única verdad! ¡Nada es más grato a Dios! ¡Lo vuestro es mentira, ignorancia, grosería y bajeza! ¡Lo mío es el genio resplandeciente! ¡Viva el Arte! ¡Viva la luz! ¡Abajo las tinieblas! ¡Corro a alistarme en las bandas españolas, y os haré una guerra a muerte!

BOTTICELLI

¡Ayer pretendías arrojar a los bárbaros de Italia! ¡Has encontrado el procedimiento!

TORRIGIANI

¡Exterminaremos primero a los franceses y después a los de Aragón! ¡Adiós..., bichejos!

UN PINTOR

Deslizándose rápidamente desde lo alto de un andamio.

¡Es demasiado insolente!... ¡Toma! ¡Para ti!

Le lanza un cuchillo, que no le da y se clava en la pared.

TORRIGIANI

¡Torpe! ¡Ya me lo pagarás, aunque sea dentro de veinte años!

El interior de la iglesia de Santa Reparata. Multitud enorme e impaciente. Todos los altares de las naves laterales están cargados de flores; los cirios y las luminarias chispean de luz; las estatuas de los santos y de las santas están revestidas de sus más bellas vestiduras de seda, de terciopelo, de brocatel, y cargadas de sus joyas; el olor del incienso llena el edificio; nuevos fieles llegan a cada momento, y hacen ondular a la multitud; niños, escolares y jóvenes se han encaramado en los rebordes de las ventanas y en la cima de los retablos; algunos se agarran a los frisos de las columnas; la Señoría ocupa los bancos enfrente del púlpito.
Profundo silencio.

FRAY JERÓNIMO

¡Florencia! ¡Florencia! ¡Dios te ha prodigado sus avisos! ¡No te los niega! ¡Te ama como ama a su Iglesia! Pero la verdad es triste; ¡escúchala! Tu vida se pasa en el lecho, en las murmuraciones, en la charla ociosa, en las orgías infames, en una licencia sin nombre. ¡Tu vida, Florencia, es la de los puercos!

Estremecimiento en el auditorio.

Tú me respondes: Hermano, me tratáis sin indulgencia. ¡No quiero tener contigo ninguna indulgencia! ¿Con qué derecho sentirías el horror de los reproches, cuando no sientes el miedo de los castigos? ¿Te los he predicho? ¡Responde! ¡Res-

ponde!... ¿Te he dejado ignorar lo que te amenazaba? Este pobre hermano que no es nada, que no vale nada, que por sí mismo no sabe nada, ¿no ha sido inspirado por Dios y por nuestro rey Jesús para libertarte de los Médicis y arrancarte a las garras de los franceses? ¡Pues bien! ¿Qué ha ocurrido? ¿Lo has olvidado ya? Los Médicis comen el pan de Venecia, y los franceses..., los franceses, considerándose como muy felices por haberse podido abrir, contra toda verosimilitud, una salida en Forno, han huído mohinos y cansados hasta el fondo de sus provincias, y allí se encuentran... ¡y no temas! ¡No volverán otra vez!

Emoción profunda.

Así, por poco que conservéis un vislumbre de razón, al recordar que siempre os he advertido bien, que nunca mis palabras han resultado vanas, me creeréis esta vez cuando os digo: ¡El gobierno popular es para vosotros el mejor! ¡Dios os lo ha dado por mi mano! ¡Guardadlo! ¡No permitáis a nadie que lo ataque; el que lo ataca insulta a Dios; es una impiedad; insulta al rey Jesús; es una alta traición, es un crimen de lesa majestad! ¿Perdonaréis a un criminal semejante que se arroja en crímenes tan enormes?

Gritos de furor.

¡Señores Ocho: yo os digo, yo, que tales miserables deben ser castigados! Los que turben la concordia pública y se llamen como en otro tiempo blancos o grises, ¡no vaciléis!, diez florines de

multa. Si reinciden, ¡cuatro vueltas de cordel! Si se obstinan, ¡el calabozo, y a perpetuidad! Y ahora, Florencia, alimenta a tus pobres: ellos son los miembros del rey Jesús. No conviene que el pueblo tenga hambre cuando los ricos están ahitos. En adelante, el trigo no costará más que veinte sueldos la medida para aquellos que no pueden pagarlo más caro.

Enternecimiento general.

Cuando cada uno tenga para comer hasta satisfacerse, aun no hemos dado principio a nada. Queda aún por hacer lo principal. Vosotros me responderéis: “¡Hermano, sois insaciable! Tenemos el gobierno de Dios, tenemos la caridad de Dios, tenemos...” ¡Tenéis legiones de vicios pululando en vuestras almas! ¡El infierno entero celebra en ellas su aquelarre, lo sabéis perfectamente, y en nada os diferenciáis los unos de los otros! ¡Acaso vais a alegarme excusas para los soldados, gentes groseras; para los mercaderes, espíritus corrompidos por el lucro; para los hombres jóvenes, cabezas vacías; para las mujeres, unas locas! ¡Muy bien! ¿Las encontraréis también para los sacerdotes simoníacos, voluptuosos, adúlteros, borrachos, ladrones, que desde la cátedra de San Pedro hasta el más obscuro confesonario de la más oscura parroquia os arrastran a su zaga por la vía de perdición? ¡Acaben estas desolaciones! ¡Estas abominaciones! ¡Estas monstruosidades babilónicas! ¡Barred! ¡Barred! ¡Sin esto, es-

tás perdida, Florencia! ¡Te atestiguo que estás perdida! ¡La copa de la paciencia se ha agotado! ¡No queda ya ni una gota! ¡La espada vengadora está sobre ti! ¡Ah, miserables! ¡Va a caer! ¡Va a herirte!

Gritos de terror.

Vosotros replicáis: “Hermano, ¿qué exigís?” Yo no exijo nada. Es Dios quien no quiere diversiones frívolas. ¿No habéis derrochado lo bastante vuestra vida? ¡Nada de paseos donde las mujeres coquetean! ¡Nada de bailes; son la perdición! ¡Nada de tabernas; son el embrutecimiento! ¡Nada de juego; es...! ¡Ah! ¿Esto os inquieta? ¿Preferiríais renunciar a vuestra parte de Paraíso antes que a estas vergonzosas costumbres? ¡Pues bien! ¡Seré misericordioso! Jugad, puesto que no puede evitarse. ¡Pero dejad los dados! ¡Tomad la taba! ¡Jugad, pero jamás dinero! Jugad una ensalada, unas nueces, una raíz. ¡Desgraciados! Os reís, y yo grito a los fieles: cuando veáis en las calles o en las casas a unos perversos abandonándose a su furor por los juegos de azar, arrancad sin vacilación las cartas de sus manos; y vosotros, señores Ocho, prendedlos, encerradlos... ¡La tortura!

El sermón continúa.

EN LA PLAZA

Ante la iglesia. Grupos de niños.

EL JOVEN BONI

Gritando y llorando.

¡Ay! ¡Ay!

UN MUCHACHO

¿Qué te pasa?

Los otros niños le rodean.

EL JOVEN BONI

Un bruto acaba de darme un puñetazo en la cabeza. Es aquel que va por allí.

SEGUNDO MUCHACHO

¿Por qué te ha pegado?

EL JOVEN BONI

Porque quería arrancarle su cuello de punto de Venecia.

LOS NIÑOS

¡Ah, maldito! ¡Corramos tras él! ¡Hagámosle pedazos!

TERCER MUCHACHO

¡No hagáis nada; es Torrigiani, el escultor, un *compagnacco*! ¡No ama ni a Dios ni a la Santa Virgen! ¡Es demasiado fuerte para nosotros!

Pasan dos damas jóvenes; una docena de niños las rodean.

PRIMER MUCHACHO

Hermanas mías: en nombre de Jesucristo, rey de esta ciudad, y de la Virgen María, nuestra reina, os ordeno que os quitéis esas joyas y que os despojéis de todo ese terciopelo.

PRIMERA DAMA

Os obedeceremos en seguida, amable niño. Dejarnos que volvamos a nuestra casa.

CUARTO MUCHACHO

¡Las conozco; son incorregibles! Las hemos ya recomendado anteayer que fuesen menos inmodestas; pero siempre vuelven lo mismo.

SEGUNDA DAMA

Nos hace falta tiempo para coser los otros vestidos, ¿lo comprendéis, amiguitos?

QUINTO MUCHACHO

¡Arranquémosles todo!

La banda se arroja sobre las dos damas y hace pedazos sus adornos y tocados.

SEXTO MUCHACHO

¡Bien! ¡Dos collares! ¡Pendientes! ¡Brazaletes!
¡Cadenas! ¡Llevémoslo todo a los pobres!

Llegan corriendo otros niños.

PRIMER NIÑO

¿Quiénes son estas damas que lloran?

UN MUCHACHO DE DOCE AÑOS

Unas pecadoras que hemos llevado a la virtud; y vosotros, ¿de dónde venís?

EL NIÑO

¡De pedir limosna! ¡Cincuenta ducados! Después hemos quitado el dinero a unos jugadores. ¡Ahora, escuchad! ¡Os advierto esto! En el rincón de la calle del Cocámero conozco una casa donde

se conservan libros profanos, un ajedrez, arpas, y creo que también un espejo, pero no estoy seguro de ello. ¡Venid! ¡Venid! ¡Venid todos! ¡Vamos a limpiar este infierno!

LOS NIÑOS

¡Vamos! ¡Vamos!

UN CIUDADANO

¡Eh! ¡Nicolás! ¡Ven aquí, hijo mío!

NICOLÁS

¿Qué queréis, padre?

EL CIUDADANO

Vuelve a casa, ¡te necesito!

NICOLÁS

Y yo necesito servir a Jesús y refrenar a los pecadores.

EL BURGUÉS

Maldito granuja, ¿no vas a obedecerme?

NICOLÁS

¡Más vale obedecer a Dios que a los hombres!
¡Venid, compañeros!

Gran movimiento en la multitud que sale de la iglesia.

UN NIÑO

Subido sobre un árbol.

¡El Padre! ¡El Padre!

Aparece bajo el pórtico fray Jerónimo, rodeado de los padres de San Marcos, entre los cuales se distingue a fray Silvestre Maruffi, al padre Buonvicini, al padre Sacromoro y a otros celosos secuaces; la multitud saluda con entusiasmo; hombres y mujeres se ponen de rodillas y besan el hábito de fray Jerónimo, llorando.

LOS NIÑOS

¡El himno! ¡El himno! ¡Entonad el himno!

Cantan.

*Lumen ad revelationem gentium et ad gloriam
plebis tuae Israel.*

Fray Jerónimo se aleja, adorado por la multitud.

Una sala en casa de Tanai de Nerli; su mujer, su hijo.

NERLI

En una palabra: estoy harto de escenas semejantes, y no quiero que se repitan. Viviré como me parezca. ¡Tendré paz en mi casa!

LA MUJER

Por mi parte, no sufriré yo el yugo del demonio.

NERLI

¿A qué llamáis demonio?, hacedme el favor. ¿Es a mí?

LA MUJER

De ningún modo; pero sí al espíritu que os posee. ¿Por qué conservar este horrible libro que el profeta ha hecho quemar en la plaza pública? ¿No tenéis un ejemplar de ese *Decamerón*, puesto que es preciso nombrarlo?

NERLI

Es hacer demasiado ruido por una obra que desde hace siglos está en manos de todos.

LA MUJER

Desde hace mucho tiempo todos se condenan, y ya es hora de terminar.

NERLI

Quiero paz, y esta vez os lo digo muy de veras.

EL NIÑO

¿Ves, mamá? Tiene el libro, y también otro que fray Jerónimo ha prohibido. ¡Yo lo sé, yo! ¡Quememos, quememos estos libros!

LA MUJER

¡Sí, hijo mío, no tengas miedo! No soportaré lo que no deba soportar.

NERLI

Esto es una locura furiosa; hacedme el favor, Monna Lisa, de calmaros; de otro modo he de tomar tales medidas...

LA MUJER

Es inútil que pretendáis intimidarme; no lo conseguiréis; a pesar vuestro, haré mi salvación.

EL NIÑO

¡Sí, mamá, haz tu salvación, te lo suplico! ¡Haz tu salvación, mamá!

LA MUJER

¡Sí, querido mío; no temas nada!

NERLI

Esta es una casa de energúmenos, en una ciudad de locos furiosos, y esta miserable Florencia, que no era más que una picaruela, se ha convertido en una frenética desde que ese maldito monje...

LA MUJER

Fuera de sí.

¡Ah! ¡No blasfeméis contra fray Jerónimo, hacédme el favor!

NERLI

¡Al hermano Jerónimo lo mandaré, si se me antoja, a todos los diablos, y a vos con él! ¿Lo oís?

LA MUJER

¡Y yo, monstruo, corro a denunciaros a los Ocho y a pedir un castigo ejemplar para tal infamia!

EL NIÑO

¡Sí, mamá, sí! ¡Es preciso castigar a papá!

NERLI

¡Que el Cielo os confunda a todos!

R O M A

Junio 1500

El Vaticano. Una sala del departamento pontificio. Alejandro VI, la señora Lucrecia Borja, duquesa de Bisaglia. Está con lutos de viuda y sentada en un sillón, muy apesadumbrada y con el rostro lleno de lágrimas.

ALEJANDRO VI

Pues bien; sí, es cierto. Vuestro hermano César es el culpable. Entró en la habitación donde el infortunado Alfonso, vuestro marido, estaba acostado, con las heridas vendadas; le ha estrangulado... os lo confieso... os lo dirían... no daríais cuatro pasos en la ciudad sin que os lo contaran... Prefiero que lo sepáis de mi boca, a fin de que podamos reflexionar juntos sobre lo que conviene hacer en tales circunstancias, que no podemos modificar.

La señora Lucrecia solloza en su pañuelo y se retuerce las manos.

El carácter esencial de toda pena, por grande que sea (y la vuestra es muy grande, hija mía,

y tan legítima que no puede haberla más), el carácter de toda pena, repito, es llevar dentro de sí el olvido.

LA SEÑORA LUCRECIA

¡Ah, Santísimo Padre!

ALEJANDRO VI

Os hablo razonablemente. Las gentes de nuestra condición no deben dejar de ser razonables; sin esto resultan más mezquinas que las otras. Las penas, las amargas desesperaciones, todo lo que viene a conmovernos y nos arranca un bien cualquiera, esas lamentables severidades de la fortuna, todo esto no sobreviene más que para ser olvidado, y llegará un día en que vos misma os asombréis de poder apenas recordar los rasgos y acaso el nombre de ese marido, cuya pérdida os inflige en este momento un dolor que os parece intolerable.

LA SEÑORA LUCRECIA

¡Perderle!... ¡Perderle de esta manera!... ¡Asesinado por mi hermano!... ¡Cuando el nacimiento de su hijo le llenaba de alegría!... ¡Qué monstruo es, pues, su asesino!

ALEJANDRO VI

No es un monstruo, hija mía, sino un dominador, que no puede entrar en la esfera que le está

destinada más que a costa de los esfuerzos más sostenidos y a menudo más implacables. Escuchadme atenta, Lucrecia, y no levantéis los brazos al cielo. No os hablo ni para justificar tontamente a don César ni para indignaros; quiero despertar en vos lo que hay en vuestra alma de sentimientos exactos, verdaderos, poderosos, y para ayudaros a atravesar esta crisis en que la juventud y la inexperiencia no os permiten mostraros heroica, como podéis serlo.

LA SEÑORA LUCRECIA

¡Soy una miserable viuda, que llora a un marido inocente, degollado por el más infame de los traidores!

ALEJANDRO VI

¿Para qué unas palabras tan violentas? Veamos, veamos, Lucrecia... ¿Sabéis que os quiero, y con toda mi alma?

LA SEÑORA LUCRECIA

¡También sé a qué sospechas, a qué acusaciones odiosas el afecto de Vuestra Santidad expone mi honor! ¡Pero estoy desesperada, y ninguna otra cosa en el mundo me preocupa!

ALEJANDRO VI

¿Dicen las gentes que soy a la vez vuestro padre y vuestro amante? Dejad, Lucrecia, dejad al

mundo, ese montón de gusanillos tan ridículos como débiles, imaginar sobre las almas fuertes los cuentos más absurdos. Incapaces para ver sus proyectos, no ven en ellas más que lo extraño; no podrían analizar sus resortes, menos aún percibir su alcance, y creen distinguir en el seno misterioso de esta cosa desconocida torpezas tontas, cuyo nombre, al menos, consiguen encontrar. Que estas bocanadas de inepticias pasen alrededor de vuestra cabeza, sin entrar en ella. No hablemos aquí más que de cosas efectivas. Es menester que salgáis de ese abatimiento. Vuestra situación lo exige: no debéis, yo no os dejaré encerraros en la soledad; no admito que volváis a Nepi, donde pretendéis en este momento enterrar para siempre vuestra persona y vuestras penas. Esto no está bien. La naturaleza misma se opone; sois joven, bella, enérgica, inteligente, activa; tenéis necesidad de la vida y la vida os necesita. ¡Quedaos con nosotros, quedaos en el mundo para dominarlo! ¿Decís que habéis perdido un esposo, a quien amábais? Lo siento, lo deploro como vos, y hubiera querido vivamente apartaros este dolor. Sin embargo, sois la señora Lucrecia Borja; vuestra sangre es de las más ilustres que se conocen; sois princesa de Bisaglia y de Sermoneta, princesa de Aragón, gobernadora perpetua de Spolletto; se os considera casi igual a las testas coronadas; habéis nacido con el instinto de regir los pueblos, y vuestro espíritu, cuya amplitud yo conozco, no os permitirá nunca sustraeros a esta tarea.

LA SEÑORA LUCRECIA

Acaso en otro tiempo he gustado de considerar la marcha de los grandes negocios y de poner mi mano en los hilos que los mueven... Ese tiempo ha pasado. Estoy decidida a no ocuparme de otra cosa más que de mi hijo y, cuando pueda, de mi venganza.

ALEJANDRO VI

¡Cuidado, Lucrecia! No repitáis nunca, a otro que no sea yo, palabras tan peligrosas. Vuestro hermano sabe lo que quiere y quiere lo que debe. Es preciso que sus planes se realicen, y si algún día llegara a figurarse que se ha engañado respecto a vos, y que no sois la mujer verdaderamente fuerte, verdaderamente comprensiva que ve en vos; si, en fin, descubriese en vos un obstáculo y no una ayuda, no estaríais más garantizada contra él que lo han estado vuestro hermano Juan, vuestro marido y el desgraciado a quien apuñaló debajo de mi mismo manto... y tantos otros.

LA SEÑORA LUCRECIA

¡Don César es la última persona que me causa espanto, y si a vos os ultraja no me ultrajará a mí!

ALEJANDRO VI

¡Así es como me gustáis y como os reconozco!
¡La viudita vulgar ha desaparecido! ¡Es la reina,
es la soberana quien me habla!... ¡Hija mía, sois
en este momento bella como el orgullo! ¡Sois la
fuerza! Os hablaré, pues, en este mismo lengua-
je. Don César no ha tenido la menor intención
de perjudicaros, y en seguida vais a comprender-
me si reflexionáis un poco. Cuando hace dos
años, haciéndoos abandonar a Juan Sforza, os
casamos con don Alfonso de Aragón, obedecimos
a una necesidad, y nuestra combinación era irre-
prochable. Aunque vuestro esposo no fuese más
que el hijo natural del rey de Nápoles, adquiría-
mos con él una gran alianza, y en este momento
era imposible alcanzar nada mejor para nuestros
proyectos ulteriores. Desde entonces las cosas han
cambiado mucho. La indomable actividad de don
César, su habilidad, su espíritu fecundo en expe-
dientes, las circunstancias tan favorables que ha
utilizado y cuyo jugo ha extraído por completo,
nos proporcionan en este momento el favor, la
amistad estrecha y hasta la ternura del sucesor
de Carlos VIII. Tenemos, sobre todo tendremos,
por este lado lo que los españoles no nos hubieran
dado nunca; y podéis considerar lo impropio que
resultaba desde este momento, a ojos de don Cé-
sar, el sentirnos ligados por una alianza arago-
nesa en el momento preciso que nos veíamos for-

zados a hacernos completamente franceses, y evitar, con el más minucioso esfuerzo, que tuviese recelos el más tonto, el más crédulo y el más desconfiado de los príncipes, Luis XII.

LA SEÑORA LUCRECIA

¿Es este el motivo por el que don Alfonso ha sido asesinado?

ALEJANDRO VI

Únicamente por este motivo. Reconozco que pudiera haberse utilizado otro procedimiento. Vos misma podríais haberle hecho abandonar padre, familia, patria al desgraciado don Alfonso.

LA SEÑORA LUCRECIA

Sollozando.

¡Hubiese hecho todo lo que yo le hubiese pedido!

ALEJANDRO VI

No volvamos sobre este punto. Don César se ha equivocado en la forma...; en el fondo razonaba bien y, desde luego, muy lejos de querer haceros ningún mal, voy a probaros que no pensaba más que en vuestro encumbramiento.

LA SEÑORA LUCRECIA

Le dispenso de ese cuidado.

ALEJANDRO VI

Para juzgar a vuestro hermano, una verdad sobre todo es la que debéis considerar, y acaso tal examen os será doblemente útil y veréis más claro en vos misma; nosotros no somos italianos inquietos, inconsistentes; somos españoles, y en materia de violencias una tendencia natural nos arrastra hacia la línea más corta. Lo que ejecutan nuestros compatriotas en Indias, las durezas del duque de Veragua y de sus compañeros con los habitantes de estas comarcas, nosotros, los de la casa de Borja, sobre todo don César, lo cometemos en Italia; por eso me siento inclinado a pensar que, poco escrupulosos en los medios y poco contenidos en los actos, nos hallamos libres de la parte más molesta de las trabas que paralizan a los demás hombres, y conseguiremos así más rápidamente establecer nuestra grandeza sobre bases sólidas, que es el gran negocio, al cual debemos consagrarnos por entero.

LA SEÑORA LUCRECIA

Yo no había pedido casarme con don Alfonso de Aragón. So pretexto de mi tierna juventud, ni siquiera me consultaron, lo mismo no lo habían hecho antes para hacer y deshacer mi primer matrimonio, y antes aún para mis primeros esponsales. Y después de todo esto, ¿habláis de mi glo-

ria, de mi poder, de mis Estados? ¿Qué significan estas palabras llenas de aire? ¿Pensáis engañarme con los oropeles de que me habéis cargado? Por derecho de mi marido, soy duquesa de Bisaglia...; pero mañana puede el rey de Nápoles retirarme este feudo, que fué un don gratuito. Sermoneta la habéis tomado a los Gaetani y me la habéis dado; otro me la quitará para traspasarla a quien le plazca. ¿Que soy gobernadora de Spoleto? Pero Spoleto pertenece a la Iglesia, y una vez muerto vos, ¿quién puede pensar en ella? Santísimo Padre, no soy más que una desdichada mujer que sirve de juguete a la familia, una mujer cuyos intereses no son tenidos en más consideración que sus sentimientos. En tal situación, me queda mi orgullo; me habéis hecho venir de Nepi; yo pienso volver a él; no saldré de allí más que en la medida en que mis deberes de madre y de esposa ultrajada me han de obligar a hacerlo.

ALEJANDRO VI

Vuestro porvenir... no es el que acabáis de pintar, sino el que voy a desplegar ante vuestra vista. ¿Acusáis a vuestros deudos? Mas considerad también cuál ha sido su solicitud con vos. En la fortuna mediocre de nuestros comienzos se buscó un hidalgo bien nacido, bien emparentado, rico, y se creyó que podría convenirnos. Pero como casi en seguida hinchase el viento nuestras velas y saliese a alta mar nuestra fortuna, inmediatamente

se os desembarazó de esta felicidad mediocre y se os llevó hacia donde los demás marchábamos. En este momento era mucho obtener para vos una sombra de príncipe; lo buscamos cuidadosamente, lo encontramos, os lo dimos. Los tiempos han cambiado de nuevo; losalcones se han transformado en águilas; sus presas deben ser más grandiosas, y quieren que vos las compartáis; lo que os convenía, no os conviene ya; valéis más. ¿Qué diríais de un trono soberano, realmente soberano? ¿De un marido que perteneciese a una de las más ilustres casas del mundo? Bello él, bravo, intrépido, uno de los mejores generales de Italia, llamado a los destinos más vastos, que os ama con adoración y pide vuestra mano.

LA SEÑORA LUCRECIA

No sé de quién habláis, y ni me interesa nada.

ALEJANDRO VI

Os hablo de don Alfonso de Este, hijo y heredero del duque Hércules de Ferrara. Os hablo de vuestra verdadera grandeza, de vuestro porvenir, de la felicidad, de la vida de vuestro hijo. ¿Me escucháis, Lucrecia?

LA SEÑORA LUCRECIA

En este momento no estoy en situación de escuchar semejantes proposiciones ni de razonar sobre lo que pueden tener de exacto.

ALEJANDRO VI

Lo comprendo. Pero, con todo, ya podéis daros cuenta de que no es oportuno volver a Nepi. Para persuadiros más os voy a descubrir un proyecto que he formado, de acuerdo con don César, y que os probará mi afecto y la atención de vuestro hermano para vuestros intereses verdaderos.

LA SEÑORA LUCRECIA

Siento curiosidad por saber de qué se trata.

ALEJANDRO VI

Los negocios me obligan a abandonar Roma por algún tiempo. Vos quedaréis aquí; vos ocuparéis mi sitio. La dirección del gobierno será puesta en vuestras manos; vos sola tendréis el derecho de abrir y leer los despachos, de tomar resoluciones y de dar órdenes. He encargado a los cardenales, en quienes tengo confianza, que conferencien con vos cada vez que lo estiméis oportuno. De suerte, Lucrecia, que vais a dirigir mis Estados, la Iglesia y el mundo. Sé que sois digna de comprender el valor de semejante tarea. Creedme. Renunciad a lágrimas, indignas de vos, por la sencilla razón de que son inútiles. Pensad en la gloria de vuestra casa, en el porvenir de nuestras adquisiciones, y que todo otro pensamiento desaparezca ante una ambición tan útil. Sabed en lo su-

cesivo que para esa clase de personas a quienes el destino llama a dominar sobre los otros cambian las reglas de la vida y el deber se convierte en cosa completamente distinta. El bien, el mal, se trasladan a otro sitio, más arriba, en otro medio, y los méritos que se pueden aprobar en una mujer ordinaria, en vos resultarían vicios, por la sencilla razón de que serían causas de tropiezo, de ruina. Ahora bien; la gran ley del mundo no es hacer esto o lo otro, evitar tal punto y correr hacia tal otro; es vivir, engrandecerse, desenvolver lo que hay en nosotros de más grande y más enérgico, de tal suerte que de cualquier esfera sepamos siempre esforzarnos en pasar a otra más amplia, más aireada, más alta. No lo olvidéis. Marchad recto hacia adelante. No hagáis más que lo que os agrada, mientras esto os favorezca. Abandonad a los pequeños espíritus, a la plebe de los subordinados, los desmayos y los escrúpulos. No hay más que una consideración digna de vos: es la elevación de la casa de Borja, es la elevación de vos misma; y yo espero que pensamiento tan grave será suficiente para secar vuestras lágrimas y para haceros aceptar lo que, una vez realizado, resulta indiferente. ¡Os abandono, Lucrecia, y os pido que os consideréis como la que dentro de poco será duquesa de Ferrara, y que representa, en este momento, para los pueblos, al que es vicario de Dios!

V E N E C I A

Una sala en un gran palacio situado a orillas del Canal Grande. Pedro de Médicis se pasea preocupado a lo largo de la sala, con las manos atrás; su hermano el cardenal Juan de Médicis, más tarde papa León X, entonces de edad de diecinueve años; su primo Julio de Médicis, más tarde el papa Clemente VII, entonces caballero de San Juan y prior de Capua; Bernardo Dovisi de Bibbiena, intendente de la casa del cardenal y antiguo secretario íntimo del magnífico Lorenzo.

BIBBIENA

Que nuestros asuntos estén en mal estado, sería pueril negarlo; pero no me parece bien tampoco, señor Pedro, desesperar de ellos, como vos hacéis.

PEDRO

¡He cometido faltas, grandes faltas! No he debido ceder tanto a los franceses, cuando procuré apartarlos de entrar en Florencia, y después de haberme entendido con ellos hubiese debido, al menos, llamarlos en ayuda antes de partir para Bolo-
nia, donde ese miserable, ese Juan Bentivoglio, olvidando lo que debía a la memoria de nuestro

padre, nos ha obligado a reconocer lo poco que vale él mismo y a refugiarnos aquí... ¡Ah, si alguna vez consigo levantar de nuevo nuestra casa, sentirá, sentirá lo que significa la palabra venganza! Pero no es esto lo que más me apena; como os lo digo, son mis propias faltas.

EL CARDENAL JUAN

¡Por Dios, hermano, no os enfadéis de esta manera! Yo, que me he quedado en Florencia después de vos, os juro que no se podía hacer nada. Nuestros enemigos habían dispuesto las cosas y trabajado los espíritus de tal manera, que nuestra expulsión era cosa decidida. Los Lucca Corsini, los Jácopo de Nerli, todos estos personajes envidiosos habían excitado a las gentes más tranquilas, y por más que hablé al pueblo no me escucharon; fué preciso ceder, y hasta me arrojaron piedras. Tenía a Savonarola enfrente. El es quien ha persuadido a los dominicos de San Marcos que me arrojasen de su convento, donde, al principio, había encontrado un refugio.

PEDRO

Una casa fundada por nosotros.

EL CARDENAL JUAN

No os afectéis de esta manera, hermano. Seguramente, lo repito, fray Jerónimo había trans-

formado el espíritu de los buenos padres. Sin ello no se hubiesen conducido de este modo. Era un espectáculo espantoso el de aquella multitud iritada, a través de la cual escapé, disfrazado de pobre religioso; una masa de granujas, dando alaridos, vociferando, derribando las puertas de las cárceles y abrazando, a medida que los hacían salir, a ladrones y asesinos.

BIBBIENA

Es la manera como el populacho interviene en los asuntos públicos. .

PEDRO

Yo lo tendré en cuenta; pero aun hay cosas más horribles. ¿Habéis sabido que los hijos de nuestro tío, nuestros primos, han obtenido, a fuerza de bajezas, volver a la ciudad y recobrar sus bienes? Para mostrar su adhesión a los nuevos amos, los desdichados han renunciado a su nombre, cambiándolo por el de Popolani; de suerte que hoy os anuncio la existencia de un honrado señor Lorenzo Popolani y de su hermano, digno de él en todo, el otro señor Juan Popolani. ¡Qué irrisión! ¡Qué miseria! ¡Qué de infamias en este mundo!

EL CARDENAL JUAN

No me importa la defección de nuestros primos; no son amigos cuya pérdida debemos sentir, y,

francamente, me impresiona mucho más que los sediciosos hayan destruído esos jardines en que nuestro padre había reunido tantas estatuas, tantos cuadros, obra de los grandes maestros de todos los tiempos. ¡El pillaje general ha hecho desaparecer libros, medallas, piedras grabadas! Había allí algunas piezas que yo recordaré siempre, y de cuya pérdida no podré consolarme.

PEDRO

¡Qué importa eso! ¡Nosotros mismos nos hemos perdido! Henos aquí condenados a errar sin fin de un lugar a otro, pasando de las manos de una amistad tibia a las de una amistad fría y velando, temerosos de que una amistad pérfida no nos entregue a nuestros enemigos. Por el momento, el serenísimo Senado se conduce generosamente con nosotros; pero ¿cuánto tiempo hará lo mismo?

BIBBIENA

Tan largo tiempo como los venecianos conserven su odio hacia Florencia, y esto equivale a la eternidad. ¡No, os lo repito, no desesperemos! Los negocios, en este mundo, están en vibración perpetua, marchando de la derecha a la izquierda, y de la izquierda a la derecha. Los intereses de Italia son la punta de la péndola, y, por lo tanto, cambian aún más rápidamente que los demás in-

tereses. Por mi parte, estoy convencido de que los Médicis volverán un día a Florencia y recobrarán su poder y su brillo.

EL CARDENAL JUAN

Veo, en efecto, algunas posibilidades. Francia obedece a un nuevo rey, ese Luis XII que, según me dice, está aún más poseído que el difunto Carlos VIII por la sed de conquistas; lo que quiere ya no es Nápoles solamente, sino el Milanesado. Podremos, acaso, entendernos; además, Savonarola no puede durar eternamente. Comienza a fatigar la paciencia del pueblo. Los republicanos no se entienden; muchos de nuestros partidarios vuelven a la ciudad, y no son molestados. Ahí tenéis al pequeño Miguel Angel Buonarotti, para no citar más que a éste; se había escapado a Bolonia, y hasta Aldobrandi le había procurado trabajo en San Petronio; a pesar de todo, ha vuelto al país, y lo toleran.

EL PRIOR DE CAPUA

Lo que reciben aún mejor es nuestro dinero. Según vuestras órdenes, señor Pedro, se lo he enviado a Tornabuoni. Me escribe que el número de sus pensionados aumenta. Monseñor Juan, ¿queréis venir a visitar el taller de Tiziano?

EL CARDENAL JUAN

Con mucho gusto. Voy a mostraros mis nuevas libreas para los servidores de nuestras góndolas.

PEDRO

Divertíos. Yo escribiré algunas cartas con Bibbiena.

FLORENCIA

Una trastienda. Dos mercaderes sentados a la mesa.

PRIMER MERCADER

Comed también estos barquillos. Los Piagnoni de fray Jerónimo no nos ven.

SEGUNDO MERCADER

Sois muy atento. Tengo malo el estómago, y no me atrevo a tomar nada más. Os lo repito: Inglaterra es un país donde se obtienen muchos beneficios.

PRIMER MERCADER

En las sedas no hay duda, y aún más en los vinos. El año último he enviado cuarenta barricas, de calidad bastante mediana, a mi corresponsal en Londres y he sacado de ellas muy buen partido. No tengo inconveniente en conceder crédito a los ingleses.

SEGUNDO MERCADER

Es lo que os digo; tienen el riñón bien cubierto.

PRIMER MERCADER

Prefiero, sin embargo, a los flamencos. Amberes está lleno de comerciantes verdaderamente respetables.

SEGUNDO MERCADER

Entre nosotros: ¿acaso no haría mejor fray Jerónimo, a quien por lo demás venero, notadlo bien, acaso no haría mejor en cedernos a buena cuenta tantas bellas cosas como está haciendo destruir? Esos buenos flamencos nos las comprarían.

PRIMER MERCADER

Eso pienso yo también. El digno hermano es intratable en este punto. Además, no se le puede hablar tan libremente como antes. Se exalta a la primera palabra y os dice injurias.

SEGUNDO MERCADER

Es preciso confesar que los pecadores incorregibles le dan disgustos.

PRIMER MERCADER

¡No me habléis! ¡No sé ni cómo resiste! ¡No importa, hubiera hecho mejor en conservar esa hermosa tapicería de flores de oro! Nos la hubieran comprado y pagado en monedas contantes y sonantes. El profeta predica esta tarde en San Nicolás. ¿No venís?

SEGUNDO MERCADER

¿Qué estáis diciendo? Es para mí un deber sagrado, y por nada en el mundo quisiera que me acusaran de tibieza; porque, entre nosotros, tengo aquí bastantes cosas buenas, y no deseo atraer la atención.

PRIMER MERCADER

Justamente como yo, vecino. En estos tiempos difíciles es preciso ser prudente. ¡Vamos, pongámonos en marcha! La iglesia estará llena. Tomad un cirio.

SEGUNDO MERCADER

Nunca dejo de tomarlo; esto da buen aspecto. ¡Mirad! ¡Es un verdadero mástil de navío!

PRIMER MERCADER

Lo mismo yo; a cuál más grande.

La celda de fray Jerónimo. Este se halla acostado sobre su lecho, cubriéndose los ojos con los brazos cruzados. Sentados sobre escabeles, fray Silvestre Maruffi, fray Doménico Buonvicini.

FRAY JERÓNIMO

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me habéis abandonado?

FRAY SILVESTRE

Sois vos, hermano, el que os abandonáis; no cesamos de decíroslo.

FRAY DOMÉNICO

Y, además, no comprendo esta postración de vuestras fuerzas.

FRAY DOMÉNICO

Estoy extenuado. ¡Que mi Señor Jesús me llame a sí!

Oculta su rostro en la almohada y llora alto.

FRAY DOMÉNICO

¡Qué desgracia ver a un hombre semejante presa de tales debilidades!

FRAY DOMÉNICO

Alzándose sobre sus pies, cruza los brazos y mira a sus amigos.

¿Queréis que convenga en ello? Desde hace un año un peso agobia mi corazón; es preciso que me descargue de él. Escuchadme, pues. ¡Tengo miedo de haberme engañado! Soy como un viajero que, partido para la Jerusalén celestial, se encontrase de repente, por un error de ruta, en la vecindad del infierno.

FRAY SILVESTRE

¡Ah, maestro! ¿Qué necesitáis entonces? ¿No habéis triunfado más allá de toda esperanza? Florencia da cada día un paso más en el camino de las perfecciones. ¡Sois el único señor; no creen más que en vos, no ven más que a vos! ¡Lo demás vendrá por sí mismo! ¡El Papa amenaza, pero no se atreve a ejecutar!

FRAY JERÓNIMO

Me he engañado, os lo aseguro. Creía el bien tan fácil de hacer como de percibir. No sospechaba que la acción traicionase casi siempre a las intenciones. El beneficio jamás es aceptado. Es preciso imponerlo por la fuerza. Si aconsejo, no me escuchan. Es preciso que pegue. En este

caso, ¿dónde está la medida? ¿Dónde está el medio? Si rompo en invectivas, resulta que he maldecido; si reprendo, insulto; si pego con el cayado del pastor, es una espada que derrama sangre y mato a hombres que deseo salvar. ¡No! ¡Todo se metamorfosea bajo mis manos, en mis manos; la miel en hiel, la dulzura en furor, la firmeza en ferocidad! ¿Creéis que ignoro lo que hacen mis fieles? ¡Tanto daño como lobos!

FRAY SILVESTRE

A veces me parecen un poco rudos, es posible; pero, en suma, los resultados son excelentes. ¡Y un error de detalle no podría alterar el mérito del conjunto!

FRAY JERÓNIMO

Sirvo a la causa celeste con los medios del diablo.

FRAY DOMÉNICO

¡El rey David tenía filisteos por guardias de su persona!

FRAY JERÓNIMO

¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Yo no quisiera más que pureza en torno de la justicia! ¡Llámame a ti de este mundo!

FRAY SILVESTRE

Y la obra, ¿qué será de ella si mueres?

FRAY JERÓNIMO

¡Lo que sea; quiero marcharme!

Vuelve a arrojarse en el lecho.

Por la noche. Un jardín. Una joven. Un amante.

LA JOVEN

¡Tengo mucho miedo!... ¡Si mi hermano sospechase algo!... ¡Vete, te lo suplico!

EL AMANTE

¡No! ¡Tu hermano corre por las calles para insultar a los Piagnoni. ¡No tengas miedo! ¿Tienes miedo? ¡Pues bien, queda contenta! ¡Me marchó! ¿Me quieres, al menos?

LA JOVEN

Me parece... no sé...; te quiero en este momento... ¿Quieres que te engañe? ¿Por qué te interesas por mí? Soy mudable... No me conozco a mí misma. Te quiero mucho, amigo mío, mi querido amigo. Sin duda mañana no te querré ya. Siempre he sido sincera contigo.

EL AMANTE

Tales palabras son para matarme. ¡No importa! ¡Te querré, te adoraré, te serviré! Me entrego a ti. ¡Quiero morir por ti!

LA JOVEN

¡Tengo tanto miedo! Bésame... aquí... en la mejilla... ¡Pobre Fabricio!... ¡Te quiero mucho... en este momento! ¿Por qué afligirte? ¿No tienes otros negocios más importantes? Ocúpate de los Médicis.

EL AMANTE

Me preocupo tanto de los Médicis como de sus enemigos. Mi única ocupación es amarte. ¡Adiós! ¡Cinco días ahora sin verte!

LA JOVEN

¿Cinco días?... ¡Es demasiado! Pasa mañana por la calle; acaso puedas subir.

EL AMANTE

¿Y si me ven?

LA JOVEN

Todo me es indiferente.

EL AMANTE

¡No hay en el mundo criatura más linda, más atractiva, más graciosa y seductora que tú!

LA JOVEN

¡Adiós! No te apenes. Piensa un poco en mí.
¿Quieres?

EL AMANTE

¡Otro beso!

LA JOVEN

¡No! ¡Mañana! Dame la mano; es bastante.
Adiós.

EL AMANTE

¿Me amas?

LA JOVEN

No sé.

EL AMANTE

Cuando me hayas hecho morir de desesperación lo sabrás acaso. ¡Adiós!

R O M A

La cámara del Papa. Alejandro VI, el cardenal Francisco Piccolomini, el enviado de Milán.

EL CARDENAL

Os lo aseguro, Santísimo Padre: si no acabáis con fray Jerónimo, él acabará con nosotros.

EL PAPA

Le tienes rencor porque te ha negado cinco mil florines. ¿Crees que ignoro tus manejos? Vosotros todos estáis amotinados contra ese charlatán. Os canta vuestras verdades. ¡Vaya una desgracia! ¡También me dice a mí las mías! ¿Acaso me preocupo de ello? ¿Tengo yo la pretensión de ser un santo? Quiero vivir en paz. ¡Ya hay bastantes asuntos complicados! No quiero buscarme otros. Soy viejo; moriré tranquilo, a pesar de vuestros dientes; colocaré a mis hijos. Dejadme en paz.

EL CARDENAL

Pero, Santísimo Padre, si es precisamente de vuestro reposo de lo que se trata. Escuchad tan sólo lo que el señor Ludovico Sforza os dice.

EL PAPA

No quiero oír nada que me fatigue y me ponga de mal humor.

EL ENVIADO

No son palabras vanas las que os transmito. Tenemos hechos y pruebas.

EL PAPA

Guardadlas para vos.

EL ENVIADO

Savonarola ha escrito a todas las Coronas; pide un Concilio y vuestra deposición.

EL CARDENAL

Es la verdad pura, y varios príncipes han sido ya ganados.

EL PAPA

¡Quimeras y calumnias!

EL ENVIADO

¡Aquí tenéis la carta al rey de Francia! Se la hemos cogido a un correo. ¡Está firmada por fray Jerónimo, y ya veis su sello!

EL PAPA

¡Voto a la Virgen! ¡Ah, perro, miserable, cobarde, ladrón, infame! ¡Conque es verdad! ¡Conque quieres mi ruina! ¡Que se reúna mi Consejo... que prevengan a don César y a doña Lucrecia... y a doña Vanozza! ¡Esta vez está perdido!

EL CARDENAL

Bien os decía yo que sería preciso llegar a esto. Vuestros bienes, despreciados; vuestras órdenes, pisoteadas; vuestro nombre, ultrajado en pleno púlpito todos los días y todos los momentos! ¡Os trata como lo haría con el más despreciable menestral!

EL PAPA

¡Soy su amo, y ahora va a sentirlo! ¡Le arrancaré el alma del cuerpo a ese Jerónimo, y sabrá lo que se gana en levantarse contra mí!

FLORENCIA

Una plaza. Un grupo de artesanos se encuentra con una multitud que vuelve.

UN OBRERO

¡Eh, amigos! El profeta había prometido que pasaría en persona a través de las llamas de una hoguera para confundir a los calumniadores! ¿Lo ha hecho?

UN CIUDADANO

¿El? No, ciertamente.

OTRO ARTESANO

¿Cómo? ¡No...! ¿Entonces los franciscanos se han desmentido?

SEGUNDO CIUDADANO

De ningún modo. Franciscanos y padres de San Marcos se han lanzado desde lejos buen golpe de injurias, y ni los unos ni los otros, después de

una jornada de debates, han osado jugarse el pellejo al fuego como se habían vanagloriado tanto. Desde esta mañana he esperado con muchos otros para ver el espectáculo. Mi parecer es que nos están engañando. ¡Fray Jerónimo no vale mucho dinero!

UN TEJEDOR

Principio a pensar como vos.

UNA MUJER

¡No sé por qué han prohibido los bailes! Hace tiempo os lo he dicho: ¡no es más que un hipócrita!

UN PANADERO

Voy a cenar; me río de todos los frailes del universo.

El Palacio Viejo. Sala del Consejo. El gonfaloniero, los Ocho.

EL GONFALONIERO

Fray Jerónimo ha hecho muy mal llevando tan adelante este asunto de la hoguera. Puesto que no estaba seguro de sí mismo, no debía ponerse en la necesidad de retroceder miserablemente. Se ha colocado en una situación en extremo embarazosa y nos ha arrastrado con él.

PRIMER PRIOR (1)

¡Y las cartas en Roma son cada día más amenazadoras! Nuestro orador Doménico Bonsi no nos las perdona. Se diría que el Papa está resuelto a terminar con esto. ¿Qué va a ser de nuestra institución y del gobierno popular sin fray Jerónimo?

SEGUNDO PRIOR

Si no hubiésemos hecho que le acompañasen el capitán Giovachino y Marcuccio Salviati, el populacho estaba tan furioso por verse privado de un espectáculo en que se prometía divertirse desde quince días antes, que lo hubieran hecho jirones.

EL GONFALONIERO

No cabe negarlo, magníficos señores: la popularidad del hermano baja considerablemente. Los Médicis reparten dinero por todas partes; estoy seguro de ello. ¡Es preciso tomar una resolución!... Las cosas no pueden sostenerse así largo tiempo. Los Arrabbiati y los Compagnacci corren en armas por las calles. Tomemos una decisión. Se trata de nuestra salvación propia y de la del público.

(1) Título de magistrados en las repúblicas italianas. (N. del T.)

TERCER PRIOR

Si puede ser, no nos comprometamos con nadie, con ningún partido. Mi parecer sería enviar al hermano una orden de que abandonara la ciudad. Seguid bien mi razonamiento. Obrando de esta suerte, salvamos la vida del religioso, cosa que es preciso hacérsela notar, lo mismo que a sus amigos, para que no lo duden y no se vuelvan contra nosotros; después, dar satisfacción a Roma, puesto que parecemos obedecer a sus monitorias, y el hermano cesará *ipso facto* sus predicaciones, aunque no hayamos estatuido nada en este sentido; además, quitamos a los partidarios de los Médicis el pretexto de armar tumultos, puesto que resultará apartada la supuesta causa de la discordia. ¿Estamos de acuerdo?

EL GONFALONIERO

¿Debemos deliberar sobre esto, señores?

LOS PRIORES

Desde luego, desde luego. No está mal la idea.

El campo cerca de Florencia. El Arno en el fondo. Prados, árboles.

UN JOVEN GRABADOR

¡Esta nueva obra de Alberto Durero me preocupa lo indecible! Temo que nosotros los italia-

nos no sepamos aún sacar todo el partido posible del invento de Finiguerra. ¡Y sin embargo, es la gloria de los florentinos! Estudiaré la manera alemana; descubriré los procedimientos, y si no lo hago mejor, o por lo menos tan bien, me moriré de desesperación.

FLORENCIA

El convento de San Marcos. El coro de la iglesia. Gran multitud, en que la mayor parte de los hombres están armados; religiosos, armados también; fray Jerónimo, fray Silvestre, fray Sacromoro, fray Buonvicini, Francisco Valori, Lucas degli Albizzi, Vespuccio.

FRAY JERÓNIMO

¡Tranquilizaos! ¡Hermanos míos! ¡Hijos míos!
¡Es el momento de mostraros intrépidos! No os dejéis invadir por el temor; ¡nada está en peligro!

FRAY SACROMORO

¡Estad tranquilo, padre mío! Moriremos todos antes que abandonaros.

FRAY JERÓNIMO

Es a Dios a quien es preciso servir, no a mí.

FRAY SILVESTRE

¿Qué escándalo es ese?

FRAY BUONVICINI

El enemigo entra en la iglesia. ¡Gente terrible!
¡Caras atroces!

LUCAS DEGLI ALBIZZI

No perdamos un minuto. ¡Fray Jerónimo, dad orden de cargar las armas!

FRAY JERÓNIMO

¿Pensáis en eso? ¡En el templo del Señor!

LUCAS DEGLI ALBIZZI

¿Os burláis? ¿Es preferible ser degollado? Ataquemos antes de que nos ataquen, y yo os prometo que seremos todavía los más fuertes.

FRANCISCO VALORI

¡Por favor, señor Lucas, nada de locuras! ¡Conteneos! Los secuaces de los Médicis no dejarían de decir que los provocábamos. Mostrémonos generosos.

LUCAS DEGLI ALBIZZI

¡Mostraos ineptos! El frío de la cobardía se apodera de vosotros, y no tenéis inconveniente en llamar a esta enfermedad prudencia. ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Estáis perdidos! ¡Yo no tengo ninguna

gana de entregar mis huesos a estos miserables; me voy de Florencia! ¡Que vengan por mi casa y verán cómo llueven arcabuzazos! ¡Adiós! ¡En marcha los que tienen sangre caliente en las venas!

Saca su espada y sale rodeado de sus amigos.

VOCES NUMEROSAS

¡Os seguimos! ¡Os seguimos!

Descarga de mosquetería. Un hombre llega corriendo.

EL HOMBRE

¡Fray Jerónimo! ¿Dónde está fray Jerónimo?

FRAY JERÓNIMO

Aquí me tienes.

EL HOMBRE

¡La Señoría os destierra! ¡Los Compagnacci traen la orden! ¡Ah, Dios mío! ¡Ah, Dios mío! ¡No quieren otra cosa que asesinaros! ¡Son más de ochocientos! ¡Más de tres mil! ¡Se dirigen hacia aquí! ¡Hace un instante han degollado a dos hombres! ¡Aquí están! ¡Ocultaos! ¡Escapad!

FRAY JERÓNIMO

A los religiosos.

¡Hermanos míos, a vuestras sillas! ¡Si hay que morir, que sea allí!... ¡Oh Florencia! ¡Florencia!

Gran tumulto; las mujeres gritan y se refugian en las capillas. Los Compagnacci y los Arrabiati tiran arcabuzazos, vociferan y golpean a las gentes.

UN COMPAGNACCI

¡Huíd, canallas! La Señoría confisca todos los bienes de los laicos que permanezcan aquí.

FRANCISCO VALORI

A un oficial.

¿Es cierto, señor?

EL OFICIAL

¡Completamente cierto! Los señores Ocho no tienen otro pensamiento que restablecer el buen orden, y yo os invito a que os retiréis.

FRANCISCO VALORI

¿Queréis, pues, la muerte de fray Jerónimo?

EL OFICIAL

Al contrario, queremos la paz, y con este objeto separamos a los combatientes.

FRAY SACROMORO

¡Es una indignidad!

UN COMPAGNACCO

¡Cállate, frailuco, o te abro la barriga!

FRAY JERÓNIMO

La multitud nos aplasta. Entremos en los claustros.

FRAY SACROMORO

¡Toquemos las campanas para advertir a nuestra gente!

FRANCISCO VALORI

¡Os lo conjuro, no hagáis nada! ¡Moderación!
¡Calma! ¡Medida! Corro a persuadir a los priores de que pongan fin a esto.

FRAY BUONVICINI

¡Defendámonos! ¡A las armas!

Los religiosos hacen entrar con trabajo a fray Jerónimo en el convento y cierran las puertas. Se pelean en la iglesia.

Una habitación destartalada y casi sin muebles. Ser Bernardo Nerli; su mujer; un niño enfermo, dormido en una cuna.

SER BERNARDO

Ocho sueldos por un testamento y cuatro por la donación; son, pues, doce sueldos; más siete dineros el viejo vestido amarillo que acabo de vender, nos resultan doce sueldos siete dineros.

LA MUJER

Creo que el niño tiene menos fiebre.

SER BERNARDO

¡El Cielo te oiga, alma mía!... Sí, está menos colorado... ¡Continúo!... ¡Doce sueldos siete dineros! Te diré también que nuestro vecino me ha prometido una medida de trigo por el soneto que debo darles esta tarde, con ocasión de los desposorios de su sobrina.

LA MUJER

Es una gran fortuna, y aun nos queda la mitad del cuarto de cabrito.

SER BERNARDO

Creo, pues, que podemos considerarnos por encima de la miseria.

LA MUJER

Pero si te lo decía ayer: no me siento nada inquieta. ¡Con tal de que el pequeño marchase mejor!

SER BERNARDO

¡Oh querida!... ¡Que Dios nos lo conserve!...

Se oyen arcabuzazos.

¿Cuándo acabarán su escándalo esos bandidos?... ¡A fray Jerónimo y a sus adversarios quisiera verlos en el centro del infierno! ¡Mientras existan no habrá medio de ganarse la vida!

LA MUJER

¡Ah! ¡Tienes razón! En vez de predicar y hablar tanto, harían mejor en dejarnos trabajar.

SER BERNARDO

Voy a escribir mi soneto... ¿Y el niño?

LA MUJER

Va mejor.

SER BERNARDO

¡Bésame!

Delante de la casa de Francisco Valori. Vicente Ridolfi, Tornabuoni, multitud de Compagnacci y de Arrabbiati; dan golpes redoblados en la puerta para derribarla.

LA MUJER DE VALORI

A una ventana.

¡Mis buenos señores, os lo juro: mi marido no está aquí! ¡Se ha marchado! ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

RIDOLFI

¿Dónde se oculta? ¡Responde, pícara! ¿Dónde está ese cobarde?

LA MUJER

¡Señor Ridolfi, por piedad!

TORNABUONI

¡Vosotros, echadme abajo esa maldita puerta!
¿Cuándo acabaréis?

GRITOS DE LOS ASALTANTES

¡Victoria! ¡La entrada está libre! ¡Pillaje!
¡Pillaje!

La puerta cae; la multitud se precipita en la casa.

RIDOLFI

¡Traedme a ese individuo!

TORNABUONI

¡Nada de piedad para los Valori! ¡Acordaos de los Médicis!

Traen a la mujer y a su hijo.

LA MUJER

¡Piedad! ¡Piedad! ¡Mi marido está ausente, os lo juro!

RIDOLFI

¡Pero a ti te tengo en mis manos! ¡De rodillas! ¡Miserable, de rodillas! ¡Aplastad este lobezno!

La mujer lanza gritos espantosos; la cogen por los cabellos y la degüellan sobre el cuerpo del niño.

FRANCISCO VALORI

Acudiendo presuroso.

¿Qué hacen, Dios mío? ¿Qué hacéis? ¡Mi mujer! ¡Mi sobrino!... ¡Ridolfi! ¡Asesino!

RIDOLFI

Hiriéndole con su espada.

¡Toma, por tus injurias!

Valori cae, le rematan, y el populacho, gritando, arrastra su cadáver sobre el pavimento.

El interior del convento de San Marcos. Los claustros. Los religiosos; fray Jerónimo; la multitud, rugiente, invade la clausura.

FRAY JERÓNIMO

¿Qué quieren?

FRAY BUONVICINI

¡Cogerte! Yo no te abandonaré.

FRAY JERÓNIMO

Pero ¿qué mal les he hecho? ¡Ayer me amaban! ¡No importa! ¡Resistamos, hijos míos!

FRAY SACROMORO

Ya es bastante poner el convento en peligro. Sois nuestro pastor; el buen pastor da su vida por sus ovejas.

FRAY JERÓNIMO

¡Bien! Tienes razón. Iré a la muerte. ¡Pueblo ingrato!, ¿qué quieres?

UN OPTIMISTA

La Señoría os pide únicamente que os rindáis. ¡No se os va a hacer ningún daño!

Una lluvia de piedras cae sobre fray Jerónimo.

UN COMPAGNACCO

Dándole un puñetazo.

¡Profetiza quién te pega!

OTRO

¡Toma! ¡Con el pie!

Un tercero le tuerce los dedos;
él lanza un grito.

UNA MUJER

¡Ah! ¡Cobarde! ¡Está llorando!

UN ARRABBIATO

¡Marcha! ¡Los Ocho te reclaman!

FRAY JERÓNIMO

¡Ya marchó! ¡No maltratéis a mis hermanos!
¡Ah, Florencia! ¡Todo ha terminado!

Una sala en el Palacio Viejo. Los comisarios del Papa; Ramolino; el padre Turriano, general de los dominicos; el gonfalonero Pedro Popoleschi.

PEDRO POPOLESCHI

Lo hemos hecho todo lo mejor posible, y esperamos que Su Santidad quedará contento de nosotros.

RAMOLINO

Eso es lo que está por ver.

PEDRO POPOLESCHI

Hemos hecho condenar a fray Jerónimo a la hoguera y a ser después colgado. ¿Qué otra cosa queréis? Sus dos acólitos, fray Silvestre y fray Buonvicini, sufrirán la misma pena. ¡No es esto blandura, me parece! En fin, los principales Piagnoni están o desterrados o condenados a multas; a Pagolantonio Soderini le han caído por valor de tres mil florines, y al señor Nicolás Maquiavelo, pobre como Job, por valor de doscientos cincuenta. No sé lo que se nos podría pedir más.

RAMOLINO

Habéis tardado en volver de vuestros errores, señor gonfalonero.

PEDRO POPOLESCHI

¿Qué queréis? Era preciso agradar al pueblo y aullar con los lobos. Cuando el viento ha cambiado, nos hemos complacido en marchar por la buena dirección, y ya veis nuestros actos.

RAMOLINO

No está demasiado mal. ¡Ahora, a la tarea! Tenemos encargo de examinar vuestra manera de

proceder en el juicio de fray Jerónimo, y haremos un hermoso fuego, porque traigo conmigo la condena. Que introduzcan a los testigos.

Introducen a los religiosos de San Marcos.

¡Buenos días, buenos días, padres míos! Vosotros sabéis lo que ha osado el culpable. Vosotros lo habéis visto en su obra. Explicaos. ¿Está justamente condenado? Interrogo al que me han señalado como el más hombre de bien. ¡Padre Malatesta Sacromoro, acercaos!

PADRE SACROMORO

Monseñor: durante siete años hemos creído lo que fray Jerónimo nos enseñaba. Era nuestro vicario general. Ha abusado de su autoridad sobre nuestros espíritus.

RAMOLINO

Por lo menos, ¿estáis ahora bien convencidos de ello?

FRAY SACROMORO

Profundamente.

RAMOLINO

He aquí a un hombre. Así, pues, amigo mío, ¿consideráis las piezas del interrogatorio como perfectamente auténticas?

FRAY SACROMORO

Desde luego, monseñor.

RAMOLINO

Según vos, ¿han sido condenados con razón fray Jerónimo y sus cómplices por la justicia temporal?

FRAY SACROMORO

Nada se puede objetar contra ello.

RAMOLINO

Alabo vuestro candor y el espíritu de verdad que os anima. Retiraos, querido amigo, y que introduzcan a los culpables.

Los soldados traen a fray Jerónimo, fray Silvestre y fray Buonvicini, atados con cuerdas.

RAMOLINO

Fray Jerónimo: sabéis que vuestro reverendísimo general y yo representamos aquí a la Santidad de nuestro señor el Papa, y conocemos bien vuestras imposturas. De nada os serviría mentirnos. Alegad lo que queráis para vuestra defensa.

FRAY JERÓNIMO

Durante siete años he predicado en esta ciudad. He procurado lo mejor que he podido establecer en ella el amor de Dios y las buenas costumbres. Acaso me haya engañado a menudo. No soy más que un pobre hombre, y como tal he fracasado; pero no he querido más que el bien.

RAMOLINO

¡Sois un desvergonzado! ¡Habéis mentido como un demonio! ¡Vuestras propias declaraciones lo atestiguan, y es demasiada audacia venir aquí con ese lenguaje!

FRAY JERÓNIMO

Mi carne es débil y no sostiene a mi alma. Lo confieso con lágrimas: he pecado contra la verdad declarando sobre el potro lo que no es cierto. Me es imposible sostener la tortura. Pero desmiento lo que el dolor me ha arrancado.

RAMOLINO

¡Vamos! ¡Vamos! ¡No creáis que vais a engañarnos! ¡Lo que habéis confesado nos pertenece y creemos en ello! ¡Ahora estáis representando una comedia!

FRAY BUONVICINI

¡Vos sois quien insultáis a un santo! ¡Dios os castigará!

FRAY JERÓNIMO

¡Ay! ¡Mis cuidados, mis penas, mis fatigas, mi deseo de hacer bien, nada me ha servido! ¡Quería salvar la fe y no he podido! Mis ilusiones se han disipado. He perseguido quimeras. Debo morir, es mejor; desde hace tiempo lo deseo.

RAMOLINO

¡Esto es intolerable! Que apliquen de nuevo a este hombre el tormento, pues de otro modo no hará más que contradecirse.

Los verdugos se apoderan de
fray Jerónimo.

En la plaza del palacio. El cadalso. Un puente volante de tablas conduce desde la Ringhiera a la plataforma donde van a encender el fuego. La multitud; varios niños afilan unos palos con cuchillos.

UN CIUDADANO

Tenemos todavía que esperar una buena hora. Creedme. Conozco las costumbres de nuestros gobernantes. No se molestarán nada por complacernos. ¡Ojalá estuviéramos ya bajo la égida del magnífico Lorenzo o de su ilustre familia!

SEGUNDO CIUDADANO

Pienso que será preciso algún día volver a esto.

PRIMERA MUJER

¡Ay! ¡Qué niño tan bonito! ¿Es vuestro, Monna Teresa?

SEGUNDA MUJER

Sí, querida. Es el mayor de los míos.

PRIMERA MUJER

¡Bésame, querubín! ¡Qué hermosos cabellos negros!... ¿Qué estás haciendo ahí con tus lindas camaradas?

EL NIÑO

Estamos poniendo bien afilados nuestros palos.

SEGUNDO CIUDADANO

¡Ah, granujilla! ¿Con qué intención?

EL NIÑO

Para picar los pies y las piernas de fray Jerónimo cuando pase por el puente. Nos pondremos debajo, y ¡zis! ¡zas!

Ríen.

PRIMERA MUJER

¡Qué traviesos son, Dios mío! ¡Qué traviesos!
 ¡Ven que te abrace, corazón! ¡Qué mono!

PRIMER CIUDADANO

¡Dichosos los Estados en que la infancia aprende temprano a simpatizar con los sentimientos públicos!

Sobre el cadalso. Fray Jerónimo, fray Silvestre y fray Buonvicini. Fray Niccolini, confesor de fray Jerónimo.

FRAY NICCOLINI

A fray Jerónimo.

¡No me atrevería a hablaros de resignación, padre mío, a vos, que habéis rezado tanto por este pueblo desgraciado!

FRAY JERÓNIMO

¡Benedicidme!

BUONVICINI

¡Ojalá pueda yo sufrir más por la gloria de Dios! ¿Por qué no nos queman antes de colgarlos? Así lo dispone la condena.

FRAY JERÓNIMO

¡Amigo mío, hijo mío, no olvidéis que nada nos resta que hacer sino la voluntad del que está en los Cielos!

FRAY SILVESTRE

¡Voy a hablar a esta multitud engañada!

FRAY JERÓNIMO

¡No, Silvestre; si me quieres, ni una palabra!... ¡Pobre Florencia!... ¡Pobre Italia!... ¡Hubiera querido salvarla!... ¿Por qué nos hacen esperar de este modo?

EL CAPITÁN GIOVACCHINO

¡Es ese animal de obispo de Vaison, que en lugar de venir a degradaros, como es su obligación, se está hablando con los comisarios!

La multitud delante de la hoguera y las horcas. Pueblo, religiosos, ciudadanos, mujeres, niños.

UN HOMBRE

¡Lo han torturado de firme al granuja!

UNA MUJER

¿Qué le han hecho?

UN HOMBRE

Le han dado la estrapada más de seis veces.
¡Ya es duro! Está roto por todos lados.

Ríen.

UN NIÑO

¡Han hecho bien!

UN MERCADER

¡Picaruelo, te deberían haber hecho a ti lo mismo por haberme roto los espejos que tenía en mi tienda hace apenas quince días.

EL NIÑO

¡Me habían dicho que los rompiese, y los rompí!

UNA VIEJA

¡Tiene razón este niño! ¡A todos nos engañó este malvado, que nos condenaba a ayunar durante todo el año!

UN ARTESANO

¡Qué imbéciles éramos!... ¡Ah! ¡Ahora sube la escalera! Ya está arriba... ¡Es que no le van a quemar vivo?

UNA MUCHACHA

Espero que sí. Decid, señor soldado, ¿es que no le queman?

EL SOLDADO

¡Salada, antes lo ahorcan!

LA MUCHACHA

¡Ah, qué lástima! ¡He venido desde tan lejos para verlo! ¡Gracias, señor soldado!

EL SOLDADO

A su disposición, preciosa. Podéis adelantaros más si queréis. Poneos delante de mí; aquí... estaréis más cómoda.

LA MUCHACHA

Es verdad. ¡Acércate, Mariana! ¡No! Os lo ruego, no me cojáis así por la cintura. ¿Quiénes son esos otros dos que suben al lado de fray Jerónimo?

UN CERRAJERO

¡Cómo! ¿No los recordáis? Yo mismo no faltaba nunca a uno solo de sus sermones, en los tiempos en que estaba engañado. Son fray Silvestre y fray Buonvicini.

LA MUCHACHA

¡Qué pálidos están!

UN CARNICERO

¡Claro! ¡Como que han sido torturados también, según era justo!

LA MUCHACHA

¡Os lo suplico, señor soldado; dejadme!... Decidme al menos quiénes son esos dos señores que gesticulan sobre el estrado.

EL SOLDADO

¡Diosa mía!, son los comisarios apostólicos. Se llaman... ¡Voto al diablo!, he olvidado sus nombres. ¡Mejor sería que me dijeseis dónde vivís!

UNA ANCIANA SEÑORA

Con un perro entre los brazos.

¿Será verdad que el reverendo padre Jerónimo ha sido atenazado?

UN CIUDADANO

No faltan motivos para suponerlo. Sin embargo, podría ser también que estuviese yo engañado y os diese una noticia falsa, cosa que lamentaría en extremo, podéis creerme.

LA VIEJA SEÑORA

Os agradezco mucho vuestra bondad.

El perro le ladra al ciudadano.

Cállate, alhaja; perdonadle, señor; es que no os conoce.

EL CIUDADANO

Lo corriente en esta especie de cuadrúpedos es conducirse de esta manera. No me ofendo por ello, señora.

Se aleja.

Sobre el cadalso. Los tres condenados, el obispo de Vaison, religiosos dominicos, verdugos.

EL OBISPO

¡Hermano Sebastián, quitad el hábito de vuestra Orden a este hombre!... ¡Quitadle todo! ¡No le dejéis más que la camisa! ¿Está ya hecho?... ¡Bien!... ¡Y ahora, Savonarola, yo te separo de la Iglesia militante y de la Iglesia triunfante!

SAVONAROLA

¡Este último punto no está en vuestro poder!

EL OBISPO

¿Han despojado a sus cómplices?

FRAY SEBASTIÁN

Sí, monseñor; aquí están en camisa con él.

EL OBISPO

Él os verá ejecutar. ¡Verdugos, haced vuestro oficio!

FRAY SILVESTRE

In manus tuas, domine.

Lo ahorcan.

BUONVICINI

Ahora me toca a mí, ¿no es eso? ¡Adiós, fray Jerónimo!

SAVONAROLA

Hasta dentro de un instante, querrás decir.

Ahorcan a Buonvicini.

EL OBISPO

¡Y ahora, a vos, heresiarca!

Savonarola mira a la multitud; los ejecutores se apoderan de él.

Sobre la plaza.

UN CIUDADANO

A su mujer.

¡Era una ceremonia bastante bella y hasta imponente! Pero me parece que va a llover... ¡Volvamos a casa!

LA MUJER

¡Sí, querido, volvamos! Tengo miedo de coger frío.

— —

La casa del señor Nicolás Maquiavelo. Una sala. Maquiavelo está sentado junto a una mesa cubierta de pedazos de libros y papeles. Es por la tarde. Crepúsculo.

MAQUIAVELO

¡Pobre Jerónimo!... ¡Han conseguido lo que se proponían! ¡Lo han estado acosando durante años y, al fin, consiguieron acorralarlo, rodearlo, cogerlo y darle muerte! ¡Era la única conclusión posible!... ¡Esté hombre vivía en un sueño!... Desde su primera juventud se había armado en la cabeza un poema de religión, de pureza, de bondad, de sabiduría, de rectitud. Porque concebía como posible el ejercicio de estas bellas y bondadosas fantasías, lo admitía como real y no veía que el mundo habla tanto más de ellas cuando menos las conoce.

¡Pobre Jerónimo! Porque era inocente de todas las pasiones extremadas: ni jugador, ni voluptuoso, ni avaro, ni pródigo, ni vano, ni bufón, suponía a los humanos que circulaban en torno suyo perfectamente capaces de libertarse de todo mal, y, en fin, porque veía la verdad cara a cara no concebía siquiera que la mayor parte de sus conciudadanos, sino casi todos... ¡Ah, Dios mío, podemos decir todos, salvo raras excepciones!, están hechos como los ídolos de los moabitas, con ojos para no ver y oídos para no oír. Nada se pierde con mostrarles tranquilamente todo el aparato de las virtudes. ¡No comprenderán nunca la menor cosa de ello y acabarán riendo como mentecatos!

¡Pobre Jerónimo! ¡Suponer que el candor es algo más que una abstracción pura, facultad especial de algunas almas aisladas! ¡Y precisamente partiendo de esto, a consecuencia de esta falta, de esta enorme falta, ha intentado fundar entre nosotros el reino de la paz, de la libertad, de la justicia; y lo pagamos ahora con la guerra civil, la violación de los derechos, las matanzas, la sangre sobre el pavimento de las calles, tu muerte y además con el retorno seguro de los Médicis! ¡He aquí lo que resulta de sentar falsas premisas y engañarse sobre la verdadera naturaleza de los hombres!... ¡Tristes imbéciles!

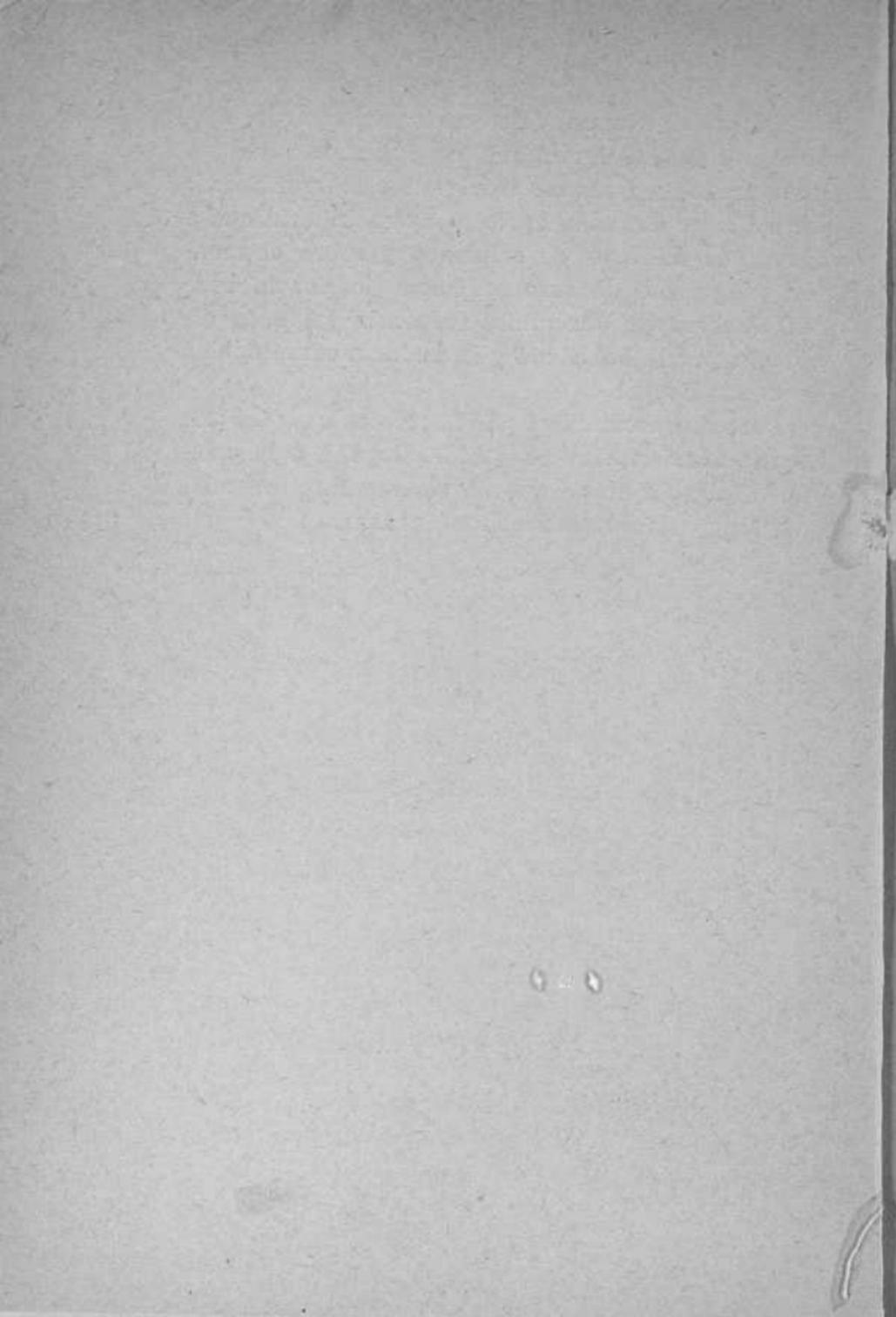
En cuanto a mí, no he sido más prudente y me he abandonado a ilusiones, de las cuales en este momento me despido para siempre. Mis combinaciones de libertad y de orden me han seducido

un instante. Pedro Soderini veía más claro. Ya estoy corregido. Pero en adelante, ¡por el Cielo!, ¿qué desear? ¿Está nuestra pobre Italia condenada a llevar para siempre el yugo de los pequeños déspotas y de los tiranos de encrucijada? ¿Es una presa desatinada, sin salvación, a implacables extranjeros? ¡No puede imaginarse para ella, sin caer en locuras ridículas, algún destino superior a estas orgías vergonzosas en que nos estamos revolcando! ¡Italia, Italia, la madre de tantos grandes hombres, el foco de tantas luces, ese haz de tantas fuerzas!... ¡Si entre los malvados que cada día nos ensangrientan se encontrase por lo menos un Sila, un Octavio! En los tiempos de agitación, en las épocas convulsivas como la nuestra, tales encuentros son corrientes, son una misma cosa con la necesidad. ¡Veamos!... ¡Veamos! ¿Quién podría ser ese Mahoma... ese Tamerlán... ese bandido salvador?... ¿Un Sforza?... ¡No!... Son sepulcros vacíos... ¿Un Gonzaga?... ¡Tampoco!... ¿Un Malatesta?... ¿Un Baglione?... ¿Un Bentivoglio? ¡Tiranizar una ciudad por medio de algunas docenas de matones, es lo más que se les ocurre!... ¡Asesinar, envenenar, traicionar, subir, caer... tal es su destino! Siempre el mismo juego... Pero, en medio de esta banda desvergonzada y feroz, advierto uno, sin embargo... Les lleva a los demás toda la cabeza... Tiene otros proyectos, y más elevados. ¡No es menos perverso, aspira infinitamente más, y esto es un inmenso mérito!... ¡Qué singular y espantosa criatura! ¡Inteligente y as-

tuto como el dragón, falso como el leopardo, ambicioso como el águila, no teme gritar a voz en grito frente a nuestros intrigantes aterrorizados: *¡Aut Cæsar aut nihil!* ¡No me sorprendería que a través de millares de crímenes y sobre el montón sangriento de errores, hacinado por la bondad funesta de Jerónimo, fuésemos salvados algún día por la habilidad y la audacia corrompidas de César Borja!

¡Pero qué escándalo! ¡Ah!.. ¡No es nada!... ¡Es Monna Marietta, mi mujer!... ¡Regaña a la criada!... Salgo, a fin de que no me regañe a mí mismo; tengo otras cosas en qué pensar.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



Biblioteca Pública de Soria



71262229 DR 8535

ESPASA-CALPE, S. A.
BILBAO
MADRID BARCELONA
Ríos Rosas, 24 Cortes, 579

DR

8535

El Renacimiento

Nums. 1.018 - 1.019